

Santa María, Madre de Dios

(Comentarios sobre las Lecturas propias de la Santa Misa para meditar y preparar la homilía)

- DEL MISAL MENSUAL
- BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)
- FRANCISCO – Homilías 2014-2017
- BENEDICTO XVI – Todas sus homilías en archivo aparte
- DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)
- PREGONES (La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes)
- FLUVIUM (www.fluvium.org)
- PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)
- BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)
- Rev. D. Manel VALLS i Serra (Barcelona, España) (www.evangelii.net)
- EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

Este subsidio ha sido preparado por [La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes](#), para ponerlo al servicio de los sacerdotes, como una ayuda para preparar la homilía dominical.

Si desea recibirlo directamente a su correo, puede pedir suscripción a

doctos.de.interes@gmail.com.

Para recibirlo por WhatsApp: <https://chat.whatsapp.com/BfPOpiv1Tp02zK168vOLMd>.

[\(Nuestras redes sociales\)](#)

DEL MISAL MENSUAL

LA FAMILIARIDAD CON DIOS

Nm 6, 22-27; Ga 4, 4-7; Lc 2, 16-21

La fórmula de bendición del libro de Los Números repite con insistencia la imagen del rostro de Dios. Sin duda alguna el rostro es un símbolo idóneo para hablar de la intimidad entre el creyente y

Dios. En la tradición bíblica la contemplación del rostro de Dios se asocia con la intimidad. Solo quienes son fieles al Señor conseguirán ver su rostro, es decir, serán partícipes de la plenitud de su vida divina. Los pastores que nos presenta san Lucas al comienzo de su evangelio interrumpen su tarea como vigilantes del rebaño para dar cauce al anuncio esperanzador: ha nacido el Salvador. Ellos consiguieron descifrar en la modesta escena del nacimiento de un niño, humilde como ellos, la señal de la fidelidad de Dios que se acuerda favorablemente de su pueblo.

ANTÍFONA DE ENTRADA Sedulio

Te aclamamos, santa Madre de Dios, porque has dado a luz al rey que gobierna cielo y tierra por los siglos de los siglos.

ORACIÓN COLECTA

Señor Dios, que por la fecunda virginidad de María diste al género humano el don de la salvación eterna, concédenos sentir la intercesión de aquella por quien recibimos al autor de la vida, Jesucristo, Señor nuestro, Él, que vive y reina contigo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Invocarán mi nombre y yo los bendeciré.

Del libro de los Números: 6, 22-27

En aquel tiempo, el Señor habló a Moisés y le dijo: “Di a Aarón y a sus hijos: ‘De esta manera bendecirán a los israelitas: El Señor te bendiga y te proteja, haga resplandecer su rostro sobre ti y te conceda su favor. Que el Señor te mire con benevolencia y te conceda la paz’.

Así invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo los bendeciré”.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 66, 2-3. 5. 6 y 8

R/. Ten piedad de nosotros, Señor, y bendícenos.

Ten piedad de nosotros y bendícenos; vuelve, Señor, tus ojos a nosotros. Que conozca la tierra tu bondad y los pueblos tu obra salvadora. **R/.**

Las naciones con júbilo te canten, porque juzgas al mundo con justicia; con equidad tú juzgas a los pueblos y riges en la tierra a las naciones. **R/.**

Que te alaben, Señor, todos los pueblos, que los pueblos te aclamen todos juntos. Que nos bendiga Dios y que le rinda honor el mundo entero. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer.

De la carta del apóstol san Pablo a los gálatas: 4, 4-7

Hermanos: Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estábamos bajo la ley, a fin de hacernos hijos suyos.

Puesto que ya son ustedes hijos, Dios envió a sus corazones el Espíritu de su Hijo, que clama “¡Abbá!, es decir, ¡Padre! Así que ya no eres siervo, sino hijo; y siendo hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Hb 1, 1-2

R/. Aleluya, aleluya.

En distintas ocasiones y de muchas maneras habló Dios en el pasado a nuestros padres, por boca de los profetas. Ahora, en estos tiempos, nos ha hablado por medio de su Hijo. **R/.**

EVANGELIO

Encontraron a María, a José y al niño. Al cumplirse los ocho días, le pusieron por nombre Jesús.

Del santo Evangelio según san Lucas: 2, 16-21

En aquel tiempo, los pastores fueron a toda prisa hacia Belén y encontraron a María, a José y al niño, recostado en el pesebre. Después de verlo, contaron lo que se les había dicho de aquel niño y cuantos los oían, quedaban maravillados. María, por su parte, guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón.

Los pastores se volvieron a sus campos, alabando y glorificando a Dios por todo cuanto habían visto y oído, según lo que se les había anunciado.

Cumplidos los ocho días, circuncidaron al niño y le pusieron el nombre de Jesús, aquel mismo que había dicho el ángel, antes de que el niño fuera concebido. **Palabra del Señor.**

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Señor Dios, que das origen y plenitud a todo bien, concédenos que, al celebrar, llenos de gozo, la solemnidad de la Santa Madre de Dios, así como nos gloriamos de las primicias de su gracia, podamos gozar también de tu plenitud. Por Jesucristo, nuestro Señor.

PREFACIO DE SANTA MARÍA VIRGEN

En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno.

Y alabar, bendecir y proclamar tu gloria en la Maternidad de Santa María, siempre virgen. Porque ella concibió a tu Hijo único por obra del Espíritu Santo, y sin perder la gloria de su virginidad, hizo resplandecer sobre el mundo la luz eterna, Jesucristo, Señor nuestro.

Por Él, los ángeles y los arcángeles y todos los coros celestiales, celebran tu gloria, unidos en común alegría. Permítenos asociarnos a sus voces, cantando humildemente tu alabanza: Santo, Santo, Santo...

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Hb 13, 8

Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por todos los siglos.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que estos sacramentos celestiales que hemos recibido con alegría, sean fuente de vida eterna para nosotros, que nos gloriamos de proclamar a la siempre Virgen María como Madre de tu Hijo y Madre de la Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

El Señor te bendiga y te guarde (Nm 6,22-27)

1ª lectura

Esta fórmula de bendición es una de las más antiguas que nos ha conservado la Biblia. Se alude a ella en algunos Salmos (cfr 31,17; 67,2; etc.) y era empleada por los sacerdotes en la liturgia del Templo. Consta de tres peticiones que comienzan con el nombre del Señor. Algunos autores de la antigüedad vieron en la triple invocación un preanuncio de la Santísima Trinidad. Se implora a continuación la protección de la vida, la gracia y la paz; tres dones que resumen las aspiraciones del hombre y que sólo Dios puede otorgar en plenitud.

La Iglesia ha continuado la tradición de bendecir a los fieles dentro de las ceremonias litúrgicas, y muy especialmente al terminar la celebración de la Eucaristía, para implorar sobre ellos el favor divino. Entre las fórmulas que el sacerdote puede utilizar al final de la Misa, el Misal Romano propone este venerable texto.

¡Abbá! Padre (Ga 4,4-7)

2ª lectura

En Cristo, Dios ofrece a todos los hombres la posibilidad de llegar a ser hijos suyos, y a todos envía el Espíritu de su Hijo. «Cualquier hombre que cree (...) ya no pertenece a la ascendencia de su padre carnal, sino a la simiente del Salvador, que se hizo precisamente Hijo del hombre, para que nosotros pudiésemos llegar a ser hijos de Dios» (S. León Magno, *Sermo 6 in Nativitate* 2).

Con la Encarnación en «la plenitud de los tiempos» (v. 4), la historia ha llegado a su momento culminante, ha quedado definitivamente orientada hacia Dios: «Cuando San Pablo habla del nacimiento del Hijo de Dios lo sitúa en “la plenitud de los tiempos”. En realidad, el tiempo se ha cumplido por el hecho mismo de que Dios, con la Encarnación, se ha introducido en la historia del hombre. La eternidad ha entrado en el tiempo: ¿qué “cumplimiento” es mayor que este? ¿Qué otro “cumplimiento” sería posible?» (Juan Pablo II, *Tertio millennio adveniente*, n. 9).

Las palabras «nacido de mujer» (v. 4) subrayan la verdadera Humanidad de Jesús y enseñan el papel de la Virgen María, la Nueva Eva, en la obra de la redención: «“Dios envió a su Hijo” (Ga 4,4), pero para “formarle un cuerpo” (cfr Hb 10,5) quiso la libre cooperación de una criatura. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a “una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María” (Lc 1,26-27)» (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 488).

Los judíos no utilizaron el vocablo arameo «Abbá» (v. 6) —nombre familiar con que los niños pequeños se dirigían a sus padres— para dirigirse a Dios, tal vez por respeto a la Majestad divina. Jesucristo, de una manera novedosa, lo usó para dirigirse a Dios Padre, mostrando así su especial relación de Hijo y su confianza y entrega a la voluntad de su Padre (cfr Mc 14,36). San Pablo se hace eco de la tradición y enseña que es el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo, quien permite reconocernos hijos de Dios (cfr Rm 8,16-17): el cristiano es así hijo en el Hijo por el Espíritu Santo. *Si tenemos relación asidua con el Espíritu Santo, nos haremos también nosotros espirituales, nos sentiremos hermanos de Cristo e hijos de Dios, a quien no dudaremos en invocar como a Padre que es nuestro* (San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 136).

Le pusieron por nombre Jesús (Lc 2,16-21)

Evangelio

Dice el evangelista que los pastores fueron de prisa (v. 16) a Belén, porque como recuerda San Ambrosio «nadie busca a Cristo perezosamente» (*Expositio Evangelii secundum Lucam*, ad loc). Ya antes se había dicho que, tras la Anunciación, Nuestra Señora, había ido de prisa (1,39) a visitar a Santa Isabel. El alma que ha dado entrada a Dios en su corazón vive con alegría la visita del Señor, y esa alegría da alas a su corazón.

En el Antiguo Testamento la circuncisión era el rito por el que un varón entraba a formar parte del pueblo elegido. Dios la había ordenado a Abrahán como señal de la Alianza con él y sus descendientes (Gn 17,10-14). Incluía la operación sobre el cuerpo, unas bendiciones y la imposición del nombre. Como otras veces (cfr. Lc 2,22-24.41), José y María cumplieron sus obligaciones legales, como las demás familias israelitas. Con este acto se señala la inserción de Jesús en su pueblo. En el Concilio de Jerusalén, hacia el año 49, los Apóstoles declararon abolida la necesidad del antiguo rito, que es sustituido ahora por el Bautismo, por el que el cristiano queda incorporado a la Iglesia, nuevo Pueblo de Dios (cfr Hch 15,1-21; cfr también *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 527).

SAN AGUSTÍN (www.iveargentina.org)

LA MATERNIDAD DIVINA

Está escrito en el Evangelio que, habiéndose anunciado a Cristo que su madre y hermanos, es decir, sus parientes según la carne, le estaban esperando fuera, porque no podían llegar a Él a causa de la muchedumbre, Jesús respondió: *¿Quién es mi madre o quiénes son mis hermanos?* Y, extendiendo la mano sobre sus discípulos, dijo: *Estos son mis hermanos, y todo el que hiciera la voluntad de mi Padre será mi hermano, mi madre y mi hermana.* ¿Qué nos enseña con esto, sino que debemos anteponer el parentesco espiritual a la consanguinidad carnal? Y a que no juzguemos felices a los hombres que están unidos por vínculos de sangre a varones justos y santos, sino a los que se unen a éstos por la obediencia e imitación de su doctrina y costumbres. La Virgen María fue más dichosa recibiendo la fe de Cristo que concibiendo la carne de Cristo. Pues al que le dijo: *Bienaventurado el seno que te llevó*, respondió Jesús: *Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la practican.* Finalmente, a sus hermanos, es decir, a los familiares según la carne, que no creyeron en él, ¿qué les aprovechó su parentesco? Tampoco hubiera aprovechado nada el parentesco material a María si no hubiera sido más feliz por llevar a Cristo en su corazón que en su carne.

MARÍA, VIRGEN POR UNA LIBRE ELECCIÓN DE AMOR

Su virginidad es también más grata y bienamable porque Cristo no la apartó, una vez concebido, de la posible violación del varón para conservarla, sino que antes de ser concebido la eligió para nacer de ella cuando ya la tenía consagrada a Dios. Así lo indican las palabras que María respondió al ángel que le anunciaba su concepción: *¿Cómo se podrá hacer esto —dijo—, si no conozco varón?* Y ciertamente no lo hubiera dicho si antes no tuviera consagrada su virginidad a Dios. Más como las costumbres de los israelitas rechazaban todavía esto, fue desposada con un varón justo, que, lejos de ajarla violentamente, había de custodiar contra toda violencia su voto. Y aunque solamente hubiera dicho: *Y cómo podrá hacerse esto*, sin añadir *porque no conozco varón*, estaría igualmente claro, pues ciertamente no iba a preguntar cómo una mujer había de dar a luz a un hijo prometido si es que se hubiera casado con la intención de usar del matrimonio. Pudo también haber recibido orden de permanecer virgen para que el Hijo de Dios tomase en ella la forma de siervo por

un apropiado milagro. Pero consagró su virginidad a Dios aun antes de saber que había de concebir, para servir de ejemplo a las futuras santas vírgenes y para que no estimaran que sólo debía permanecer virgen la que hubiera merecido concebir sin el carnal concúbito. Imitó así la vida celeste en el cuerpo mortal por medio del voto y sin estar obligada; lo hizo por elección de amor y no por obligación de servidumbre. Por ello, Cristo al nacer de una virgen prefirió aprobar a imponer la santa virginidad en una virgen que, aun antes de saber quién había de nacer de ella, había ya determinado permanecer virgen. Y así quiso que fuese libre la virginidad hasta en la mujer en la que Él tomó forma de siervo.

Por lo cual solamente esta mujer es madre y virgen, no sólo en el espíritu, sino también en el cuerpo. No es madre según el espíritu de nuestra Cabeza, el Salvador, de quien más bien es espiritualmente hija, porque también ella está entre los que creyeron en él y que son llamados con razón hijos del esposo; pero ciertamente es madre de sus miembros, que somos nosotros, porque cooperó con su caridad para que nacieran en la Iglesia los fieles, miembros de aquella Cabeza de la que es efectivamente madre según el cuerpo. Convenía que nuestra cabeza por extraordinario milagro naciera, según la carne, de una virgen, para significarnos que sus miembros habían de nacer según el espíritu de la Iglesia virgen. Solamente María es, por tanto, madre y virgen según el cuerpo y según el espíritu: madre de Cristo y virgen también de Cristo. Más la Iglesia, en los santos que han de poseer el reino de Dios, es, según, el espíritu, toda ella madre y toda ella virgen de Cristo; pero no es toda ella según el cuerpo, pues en algunos miembros es virgen de Cristo y en otros es madre, pero no de Cristo. Son también espirituales madres de Cristo las mujeres fieles casadas y las vírgenes consagradas a Dios, porque cumplen la voluntad del Padre con sus santas costumbres, con la caridad de corazón puro, conciencia recta y auténtica fe. Las que en la vida conyugal engendran corporalmente, dan a luz a Adán y no a Cristo; y como saben qué es lo que han alumbrado, se apresuran a hacer miembro de Cristo el fruto de su seno, purificándolo con los sacramentos.

Tratados morales. Sobre la santa virginidad III, 3. IV,4. VI, 6. O.C. XII, BAC Madrid 1973, 125-27.128-29

Perpetua virginidad de María

A los padres

Todavía estaba él platicando al pueblo, y su madre y sus hermanos estaban fuera y le querían hablar. Por lo que uno dijo: *“Mira que tu madre y hermanos están ahí fuera preguntando por ti”*. Pero él, respondiendo al que se lo decía., replicó: *“¿Quién es mi madre y quiénes mis hermanos?”* Y mostrando con las manos a sus discípulos: *“Estos, dijo, son mi madre y mis hermanos. Pues cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre”*. Esto hubiese yo gustado fuera el tema de la plática; mas, no habiendo querido pasar en silencio sobre lo anterior, me parece consumí ya buena parte del espacio disponible. En esto que ha poco propuse, hay muchos pliegues y nudos dificultosos; v. gr.: cómo nuestro Señor Jesucristo menospreció piadosamente a su Madre, no siendo ella una madre cualquiera, sino una tal madre, virgen y madre, a la que otorgó la fecundidad sin mengua de su entereza; virgen que concibe como madre y da a luz y queda virgen, y virgen que permanece perpetuamente. El menospreció a una tal madre para que no se mezclara el afecto materno en la obra que tenía entre manos y la impidiese. ¿Qué estaba él haciendo? Les estaba hablando a los pueblos, destruyendo los hombres viejos, edificando los nuevos, librando las almas, soltando a los atados, iluminando las mentes ciegas; estaba, en fin, haciendo una cosa buena, y en ella ponía todo el calor

de su obra y de su palabra. Estando en esto, se le anunció el afecto carnal. Oísteis ya su respuesta, ¿para qué voy a repetirla? Óiganla las madres para no estorbar con su afecto carnal las buenas obras de sus hijos; porque, si los estorban en ello y en sus obras se entrometen, serán menospreciadas por los hijos. Me atrevo a decir que no hacerles caso será en los hijos piedad. Si ocupado el hijo en la buena obra viene su madre a estorbársela, ¿tendrá razón de lamentarse, casada o viuda que sea, habiéndolo sido la Virgen María? Pero me dirá: ¿Dónde vas a comparar con Cristo al hijo mío? Ni le comparo a él con Cristo ni a ti con María. No desaprobó nuestro Señor Jesucristo el afecto maternal, pero nos dio un alto ejemplo de posponer a la madre cuando se atraviesa en la obra de Dios. Era doctor enseñando y posponiendo, y se digno desdeñar a la suya para enseñarnos el desapego hacia los padres estando de por medio el servicio de Dios.

Cristo y los dos sexos

Cristo, que pudo existir sin padre, ¿no pudo existir sin madre? Si convenía, o más bien porque convenía se hiciera hombre por el hombre el Hacedor del hombre, traed a la memoria de dónde sacó al hombre primero Hecho fue sin padre ni madre; mas quien tales comienzos pudo dar al linaje humano, ¿no fue poderoso a repararla de modo semejante? ¿Le era tan difícil a la Sabiduría, al Verbo de Dios, a la Virtud de Dios, al Hijo Unigénito de Dios, hacer el hombre que había de adaptar a sí de donde hubiese querido? Los ángeles se mostraron hombres a los hombres. Abrahán los alimentó, como a hombres les convidó y, a más de verlos, los tocó, pues les lavó los pies. ¿Por ventura todo aquello lo hicieron los ángeles bien como fantasmas de magia? Luego si pudieron los ángeles, cuando les plugo, tomar forma humana, ¿no podría el Señor de los ángeles hacer de lo que gustara el hombre verdadero que había de tomar? No quiso tener padre en cuanto hombre, para no venir a los hombres por medio de concupiscencia carnal; pero quiso tener madre, para enseñar a los hombres el piadoso menosprecio. Quiso tomar para sí el sexo masculino, y se dignó honrar el sexo femenino en su Madre; porque también la mujer había pecado, y ella propinó al hombre el veneno; ambos cónyuges fueron engañados por el demonio, y si Cristo hubiese sido varón sin contar con el sexo femenino, perderían las mujeres la esperanza, y más teniendo en cuenta que por la mujer había caído el hombre. Por eso honró a los dos, mostró aprecio a los dos y tomó de los dos. Nació varón de mujer. No perdáis la esperanza. Cristo se ha dignado nacer de mujer; a la salud por Cristo concurren uno y otro sexo: el hombre y la mujer, porque no hay ni hombre ni mujer desde el punto de vista de la fe. Cristo enseñó a menospreciar a los padres y también a quererlos. Entonces amas ordenada y piadosamente a los padres cuando no los antepones a Dios. El que ama a su padre o a su madre más que a mí— son palabras del Señor— no es digno de mí. Estas palabras, así como están, parecen decir que no los ames; pero, si reparas en ellas, verás te dicen que los ames. Pudo haber dicho: El que ame a su padre o a su madre, no es digno de mí; no lo dijo por no hablar contra la ley que había él mismo impuesto, ya que no fue otro quien por Moisés dio el mandamiento que dice: Honra a tu padre y a tu madre. Ahora, pues, no ha promulgado ley nueva: te encareció aquélla; ni echó al suelo la piedad, sino sólo mostró el orden del amor. El que ama a su padre o a su madre, pero más que a mí. Ámalos, pero no más que a mí. Dios es Dios y el hombre es hombre. Quiérellos a los padres, muéstrate sumiso a los padres, honra a tus padres; pero, si te llama Dios a cosa mejor, para lo cual pueda ser obstáculo el amor a los padres, guarda el orden, no perviertas el orden del amor.

Contra los maniqueos sobre la Madre de Cristo

Y siendo tan verdadera la doctrina de nuestro Señor y Salvador, ¿quién pudiera imaginarse habían los maniqueos de tomar pie de ahí para decir calumniosamente que Cristo no tuvo madre? Ellos, los muy insípidos, saben no haber Cristo tenido madre humana, bien que lo contradiga el Evangelio, luz de la verdad. Ved sus razonamientos. El mismo dice... ¿Qué dice? ¿Quién es mi

madre o quiénes son mis hermanos? Niégalo él, y ¿tienes tú osadía de imponerle lo que niega él tener? Él dice: ¿Quién es mi madre o quiénes son mis hermanos?; y tú dices: “Tiene madre.” ¡Oh necio y abominable amigo de discusiones!, dime, ¿por dónde sabes tú haber dicho el Señor: ¿Quién es mi madre o quiénes son mis hermanos? Niegas haya Cristo tenido madre e intentas probarlo con las palabras: ¿Quién es mi madre o quiénes son mis hermanos: Y si viniese uno afirmando no haber Cristo dicho tal cosa, ¿por ventura le convencerías? Responde, si puedes, a quien te niegue haya Cristo dicho tal; porque lo mismo que uses para convencerle a él, valdrá para vencerte a ti. ¿Vino, por ventura, Cristo a decirte al oído que sí había dicho eso? Responde, y serás convencido por tus mismos labios. Demuéstranos haber Cristo dicho esas palabras. Vas a decir: Echaré mano del libro, abriré el Evangelio, recitaré las palabras escritas en él. Bien, bien. Pues yo hago lo mismo; voy a echar mano del Evangelio, y con el Evangelio te ataré y te ahogaré. Vamos, abre ya el Evangelio y recita lo que, a tu modo de ver, te favorece. ¿Quién es mi madre? La razón de haberlo dicho la tienes algo más arriba; estando él hablando, fue uno a decirle: tu madre y tus hermanos están afuera. Mas no quiero aún meterte en aprietos; aún no quiero echarte la mano y ahogarte, porque todavía puedes decir que no dijo verdad o dijo mentira quien le dio el aviso; por donde la réplica del Señor: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?, equivale a un mentís. Y ¿a quién hemos de dar fe: al mensajero o a Cristo, que rechaza el anuncio? Óyeme aún otra pregunta. No sueltes el Evangelio, no arrojes el libro; ten por él y da crédito al Evangelio, pues de no dárselo, ya no tienes modo de probar haya el Señor dicho: ¿Quién es mi madre? Y habiendo concedido al Evangelio la autoridad merecida, oye lo que te pregunto. Ha poco te preguntaba por dónde sabías tú que Cristo dijo: ¿Quién es mi madre? ¿Qué sucedió antes? Un correo le dijo: Ahí afuera está tu madre; pero ¿qué había pasado antes? Te ruego que leas...; mas veo tienes reparo en leer... Respondió el Señor y dijo... ¿Quién dijo? No pregunto quién dijo: ¿Quién es mi madre?, porque has de responder que lo dijo el Señor; sino quién dijo: Respondió el Señor... Habrás de contestar: El evangelista. Y el evangelista, ¿dijo verdad o mentira? Fuerza es respondas que dijo verdad o mentira. Respondió el Señor, y le dijo... Esta frase del evangelista, ¿es verdad o es mentira? Si afirmas que el evangelista mintió al decir: Respondió el Señor..., pregunto yo: ¿Por dónde conoces tú haber dicho el Señor: ¿Quién es mi madre? Si toda la fuerza de tu razonamiento estriba en afirmar que Cristo dijo: ¿Quién es mi madre?, porque lo dice el evangelista, esa fuerza es nula no dando crédito al evangelista. Por donde, si das fe al evangelista — nada vale lo que dices si se la niegas—, lee lo dicho antes por el mismo evangelista.

Prosigue la misma materia

¡Mucho te hago esperar!; Cuánto espacio te tengo en suspenso! Hágalo en provecho tuyo, por que más pronto seas vencido. Atiende, mira, lee. Veo no quieres; saca el libro, yo leeré... todavía estaba él platicando al pueblo... ¿Quién dice esto? El evangelista, al cual, si no le crees, Cristo no ha dicho nada, y si Cristo no ha dicho nada, tampoco dijo: ¿Quién es mi madre?; pero si Cristo dijo: ¿Quién es mi madre?, el evangelista dijo la verdad. Veamos, pues, lo que dijo: todavía estaba él platicando al pueblo, y ved ahí que su madre y sus hermanos estaban fuera y le querían hablar. El mensajero de quien puedes afirmar le dijo mentira, aun no le había dicho nada. Para mientes en lo que anunció y en lo que dice antes el evangelista: Todavía estaba él platicando al pueblo, y ved ahí que su madre y sus hermanos estaban fuera. ¿Quién dice esto? El evangelista, a quien tú crees haber dicho el Señor: ¿Quién es mi madre? Y, de no creerlo todo por igual, el Señor no ha dicho tampoco: ¿Quién es mi madre? Presta crédito, pues, al que dijo haber dicho el Señor: ¿Quién es mi madre?, pero el que refiere que dijo el Señor: ¿Quién es mi madre?, es el mismo que escribió: Todavía estaba él platicando al pueblo, y ved ahí que su madre estaba fuera... ¿se infiere de ahí que negó a su madre? ; Ni por ensoñación. Entiéndelo bien: no negó a su madre; antepuso a su madre lo que estaba haciendo. Lo último es averiguar por qué dijo el Señor: ¿Quién es mi madre?; lo primero es ver que

tuvo de quién decirlo. La tuvo, estaba fuera y quería hablarle. Dime: ¿por dónde lo sabes? Lo dijo el evangelista, al cual, si no le doy fe, no puedo afirmar haya dicho el Señor ni lo uno ni lo otro. Luego tuvo madre. Pero ¿qué significa el haber dicho: ¿Quién es mi madre? En lo que yo estoy haciendo, ¿quién es mi madre? Si a uno que se halla en un inminente peligro y tiene padre le dices: “Tu padre te libre”, sabiendo no puede su padre hacerlo. ¿No te responderá con sumo respeto a su padre, mas también con suma verdad: “¿Quién es mi padre? Para esto que ahora quiero, para esto que ahora necesito, ¿qué vale mi padre?” En aquello, pues, que Cristo estaba haciendo de soltar a los atados, iluminar las inteligencias, edificar los hombres interiores, fabricarse un templo espiritual, ¿quién era su madre? Si por haber Cristo dicho: ¿Quién es mi madre?, vais a deducir que no tuvo madre, también diréis que los discípulos no tuvieron padre, pues el Señor les dice: No llaméis a nadie vuestro padre sobre la tierra —son palabras del Señor—; no llaméis a nadie vuestro padre sobre la tierra, pues uno solo es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Tuvieron padres, mas cuando se ha de ir a la regeneración, búsquese al padre de la regeneración; no se niegue al padre de la generación, pero antepóngasele el padre de la regeneración.

Fundamento de la excelencia de María

Os ruego, hermanos míos, paréis mientes, sobre todo, en lo dicho por el Señor, extendiendo su mano hacia los discípulos: Estos son mi madre y mis hermanos. Y el que hiciere la voluntad de mi Padre, que me ha enviado, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. ¿Por ventura no hizo la voluntad del Padre la Virgen María, que dio fe (a las palabras del ángel: *fide credidit*) y por la fe concibió y fue escogida para que, por su medio, naciera entre los hombres nuestra Salud, y fue creada por Cristo antes de nacer Cristo de ella? Hizo, hizo por todo extremo la voluntad del Padre la santa Virgen María, y mayor merecimiento de María es haber sido discípula de Cristo que madre de Cristo. Mayor ventura es haber sido discípula de Cristo que madre de Cristo. María es bienaventurada porque antes de parirle llevó en su seno al Maestro. Mira si no es verdad lo que digo. Pasando el Señor seguido de las turbas y haciendo milagros, una mujer exclama: Bienaventurado el vientre que te llevó; y el Señor, para que la ventura no se pusiera en la carne, responde: Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios y la ponen en práctica. María es bienaventurada, porque oyó la palabra de Dios y la puso en práctica; porque más guardó la verdad en la mente que la carne en el vientre. Verdad es Cristo, Carne es Cristo: Verdad en la mente de María, Carne en el vientre de María, y vale más lo que se lleva en la mente que lo que se lleva en el vientre. Santa es María, bienaventurada es María, pero aun es mejor la Iglesia que la Virgen María. ¿Por qué? Porque María es una porción de la Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro supereminetísimo; mas, al fin, un miembro de todo el cuerpo, y es más el cuerpo que un miembro. La cabeza es el Señor, y todo Cristo es la cabeza y el cuerpo. ¿Qué diré? Tenemos una cabeza divina; tenemos a Dios por cabeza.

Cómo puede ser el cristiano madre de Cristo

Así, pues, hermanos míos, reparad en vosotros mismos. También vosotros sois miembros de Cristo, también vosotros sois el cuerpo de Cristo; y mirad en qué modo sois lo que dice: He ahí a mi madre y a mis hermanos. ¿Cómo seréis madre de Cristo? Cualquiera que oye y cualquiera que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre. Comprendo diga hermanos y hermanas, porque una es la herencia por la misericordia de Cristo, que, siendo único, no quiso ser solo, antes le plugo fuésemos herederos del Padre y coherederos suyos, herencia tal que, no por ser muchos los herederos, puede achicarse. Comprendo, pues, seamos nosotros hermanos de Cristo, y que las hermanas sean las mujeres santas y fieles; pero ¿cómo entender seamos también madres de Cristo? Nos ha llamado a todos hermanos y hermanas de Cristo,

y ¿no me atreveré yo a llamarnos madres de Cristo? Sí, por cierto. Pero ¿cómo, aun habiéndoos llamado a todos hermanos de Cristo, me atreveré a llamaros madres de Cristo? Pues aun me atrevo menos a negar lo que dijo Cristo. Ea, carísimos, entended cómo la Iglesia, que es cosa averiguada ser esposa de Cristo, es también madre de Cristo. La Virgen María la precedió figurativamente. ¿Por qué, decidme, María es madre de Cristo, sino por haber dado a luz los miembros de Cristo? Vosotros, a quienes estoy hablando, sois los miembros de Cristo. ¿Quién os dio a luz? Escucho la voz de vuestro corazón: la madre Iglesia. Esta santa y honrada madre, por modo semejante al de María, da a luz y es virgen. Que da a luz, lo pruebo por vosotros mismos: habéis nacido de ella; y alumbró también a Cristo, porque vosotros sois miembros de Cristo. He probado su calidad de madre; os demostraré su condición de virgen; no me falta el testimonio divino: no me falta. Adelántate hacia el pueblo, ¡oh bienaventurado Pablo! Sé testigo de mi aserción. Levanta la voz y di lo que yo quiero decir: Os tengo desposados con este único esposo, Cristo, para presentaros a él como una casta virgen. ¿Dónde está esta virginidad? ¿En qué se teme la violación? Os tengo desposados con este único esposo, Cristo, para presentaros a él como una casta virgen; pero temo, dice, que así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así sean maleados vuestros espíritus y degeneren “de la castidad” que hay en Cristo. Conservad en la mente la virginidad de la mente. La virginidad es la integridad de la fe católica. Donde fue corrompida Eva por la astucia de la serpiente, allí debe ser virgen la Iglesia por don del Omnipotente. Luego dad a luz en la mente a los miembros de Cristo, como la Virgen María alumbró de su vientre a Cristo, y así seréis miembros de Cristo. No es cosa difícil para vosotros, no es cosa sobre vuestras fuerzas, no es cosa de imposible alcance para vosotros. Fuisteis hijos, sed también madres; hijos, cuando fuisteis bautizados; entonces nacisteis en cuanto miembros de Cristo. Llevad al baño del bautismo a los que podáis, para que, así como fuisteis hijos cuando nacisteis por este modo, así, llevando a otros a nacer, seáis también madres de Cristo.

(Sermón 25: La maternidad de María, O.C. (VII), BAC Madrid 1983, pp. 111- 123)

FRANCISCO – Homilias 2014 a 2017

Homilía 2014

Madre de Dios es el título principal y esencial de la Virgen María

La primera lectura que hemos escuchado nos propone una vez más las antiguas palabras de bendición que Dios sugirió a Moisés para que las enseñara a Aarón y a sus hijos: «Que el Señor te bendiga y te proteja. Que el Señor haga brillar su rostro sobre ti y te muestre su gracia. Que el Señor te descubra su rostro y te conceda la paz» (Nm 6,24-25). Es muy significativo escuchar de nuevo esta bendición precisamente al comienzo del nuevo año: ella acompañará nuestro camino durante el tiempo que ahora nos espera. Son palabras de fuerza, de valor, de esperanza. No de una esperanza ilusoria, basada en frágiles promesas humanas; ni tampoco de una esperanza ingenua, que imagina un futuro mejor sólo porque es futuro. Esta esperanza tiene su razón de ser precisamente en la bendición de Dios, una bendición que contiene el mejor de los deseos, el deseo de la Iglesia para todos nosotros, impregnado de la protección amorosa del Señor, de su ayuda providente.

El deseo contenido en esta bendición se ha realizado plenamente en una mujer, María, por haber sido destinada a ser la Madre de Dios, y se ha cumplido en ella antes que en ninguna otra criatura.

Madre de Dios. Este es el título principal y esencial de la Virgen María. Es una cualidad, un cometido, que la fe del pueblo cristiano siempre ha experimentado, en su tierna y genuina devoción por nuestra madre celestial.

Recordemos aquel gran momento de la historia de la Iglesia antigua, el Concilio de Éfeso, en el que fue definida con autoridad la divina maternidad de la Virgen. La verdad sobre la divina maternidad de María encontró eco en Roma, donde poco después se construyó la Basílica de Santa María «la Mayor», primer santuario mariano de Roma y de todo occidente, y en el cual se venera la imagen de la Madre de Dios —la *Theotokos*— con el título de *Salus populi romani*. Se dice que, durante el Concilio, los habitantes de Éfeso se congregaban a ambos lados de la puerta de la basílica donde se reunían los Obispos, gritando: «¡Madre de Dios!». Los fieles, al pedir que se definiera oficialmente este título mariano, demostraban reconocer ya la divina maternidad. Es la actitud espontánea y sincera de los hijos, que conocen bien a su madre, porque la aman con inmensa ternura. Pero es algo más: es el *sensus fidei* del santo pueblo fiel de Dios, que nunca, en su unidad, nunca se equivoca.

María está desde siempre presente en el corazón, en la devoción y, sobre todo, en el camino de fe del pueblo cristiano. «La Iglesia... camina en el tiempo... Pero en este camino —deseo destacarlo enseguida— procede recorriendo de nuevo el itinerario realizado por la Virgen María» (Juan Pablo II, Enc. *Redemptoris Mater*, 2). Nuestro itinerario de fe es igual al de María, y por eso la sentimos particularmente cercana a nosotros. Por lo que respecta a la fe, que es el quicio de la vida cristiana, la Madre de Dios ha compartido nuestra condición, ha debido caminar por los mismos caminos que recorreremos nosotros, a veces difíciles y oscuros, ha debido avanzar en «la peregrinación de la fe» (Conc. Ecum. Vat. II, Const. *Lumen gentium*, 58).

Nuestro camino de fe está unido de manera indisoluble a María desde el momento en que Jesús, muriendo en la cruz, nos la ha dado como Madre diciendo: «He ahí a tu madre» (Jn 19,27). Estas palabras tienen un valor de testamento y dan al mundo una Madre. Desde ese momento, la Madre de Dios se ha convertido también en nuestra Madre. En aquella hora en la que la fe de los discípulos se agrietaba por tantas dificultades e incertidumbres, Jesús les confió a aquella que fue la primera en creer, y cuya fe no decaería jamás. Y la «mujer» se convierte en nuestra Madre en el momento en el que pierde al Hijo divino. Y su corazón herido se ensancha para acoger a todos los hombres, buenos y malos, a todos, y los ama como los amaba Jesús. La mujer que en las bodas de Caná de Galilea había cooperado con su fe a la manifestación de las maravillas de Dios en el mundo, en el Calvario mantiene encendida la llama de la fe en la resurrección de su Hijo, y la comunica con afecto materno a los demás. María se convierte así en fuente de esperanza y de verdadera alegría.

La Madre del Redentor nos precede y continuamente nos confirma en la fe, en la vocación y en la misión. Con su ejemplo de humildad y de disponibilidad a la voluntad de Dios nos ayuda a traducir nuestra fe en un anuncio del Evangelio alegre y sin fronteras. De este modo nuestra misión será fecunda, porque está modelada sobre la maternidad de María. A ella confiamos nuestro itinerario de fe, los deseos de nuestro corazón, nuestras necesidades, las del mundo entero, especialmente el hambre y la sed de justicia y de paz y de Dios; y la invocamos todos juntos, y os invito a invocarla tres veces, imitando a aquellos hermanos de Éfeso, diciéndole: ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios! Amén.

Homilía 2015

María Madre de Dios, Madre de la Iglesia, Madre de todos los hombres

Vuelven hoy a la mente las palabras con las que Isabel pronunció su bendición sobre la Virgen Santa: “¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?” (Lc 1, 42-43).

Esta bendición está en continuidad con la bendición sacerdotal que Dios había sugerido a Moisés para que la transmitiese a Aarón y a todo el pueblo: “El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor te muestre su rostro y te conceda la paz” (Nm 6, 24-26). Con la celebración de la solemnidad de María, la Santa Madre de Dios, la Iglesia nos recuerda que María es la primera destinataria de esta bendición. Se cumple en ella, pues ninguna otra criatura ha visto brillar sobre ella el rostro de Dios como María, que dio un rostro humano al Verbo eterno, para que todos lo puedan contemplar.

Además de contemplar el rostro de Dios, también podemos alabar y glorificarlo como los pastores, que volvieron de Belén con un canto de acción de gracias después de ver al niño y a su joven madre (cf. Lc 2, 16). Ambos estaban juntos, como lo estuvieron en el Calvario, porque Cristo y su Madre son inseparables: entre ellos hay una estrecha relación, como la hay entre cada niño y su madre. La carne de Cristo, que es el eje de la salvación (Tertuliano), se ha tejido en el vientre de María (cf. Sal 139, 13). Esa inseparabilidad encuentra también su expresión en el hecho de que María, elegida para ser la Madre del Redentor, ha compartido íntimamente toda su misión, permaneciendo junto a su hijo hasta el final, en el Calvario.

María está tan unida a Jesús porque él le ha dado el conocimiento del corazón, el conocimiento de la fe, alimentada por la experiencia materna y el vínculo íntimo con su Hijo. La Santísima Virgen es la mujer de fe que dejó entrar a Dios en su corazón, en sus proyectos; es la creyente capaz de percibir en el don del Hijo el advenimiento de la “plenitud de los tiempos” (Ga 4, 4), en el que Dios, eligiendo la vía humilde de la existencia humana, entró personalmente en el surco de la historia de la salvación. Por eso no se puede entender a Jesús sin su Madre.

Cristo y la Iglesia son igualmente inseparables, porque la Iglesia y María están siempre unidas y éste es precisamente el misterio de la mujer en la comunidad eclesial, y no se puede entender la salvación realizada por Jesús sin considerar la maternidad de la Iglesia. Separar a Jesús de la Iglesia sería introducir una “dicotomía absurda”, como escribió el beato Pablo VI (cf. Exhort. ap. N. *Evangelii nuntiandi*, 16). No se puede “amar a Cristo, pero sin la Iglesia, escuchar a Cristo pero no a la Iglesia, estar en Cristo pero al margen de la Iglesia” (ibíd.). En efecto, la Iglesia, la gran familia de Dios, es la que nos lleva a Cristo. Nuestra fe no es una idea abstracta o una filosofía, sino la relación vital y plena con una persona: Jesucristo, el Hijo único de Dios que se hizo hombre, murió y resucitó para salvarnos y vive entre nosotros. ¿Dónde lo podemos encontrar? Lo encontramos en la Iglesia, en nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica. Es la Iglesia la que dice hoy: “Este es el Cordero de Dios”; es la Iglesia quien lo anuncia; es en la Iglesia donde Jesús sigue haciendo sus gestos de gracia que son los sacramentos.

Esta acción y la misión de la Iglesia expresa su maternidad. Ella es como una madre que custodia a Jesús con ternura y lo da a todos con alegría y generosidad. Ninguna manifestación de Cristo, ni siquiera la más mística, puede separarse de la carne y la sangre de la Iglesia, de la concreción histórica del Cuerpo de Cristo. Sin la Iglesia, Jesucristo queda reducido a una idea, una moral, un sentimiento. Sin la Iglesia, nuestra relación con Cristo estaría a merced de nuestra imaginación, de nuestras interpretaciones, de nuestro estado de ánimo.

Queridos hermanos y hermanas, Jesucristo es la bendición para todo hombre y para toda la humanidad. La Iglesia, al darnos a Jesús, nos da la plenitud de la bendición del Señor. Esta es precisamente la misión del Pueblo de Dios: irradiar sobre todos los pueblos la bendición de Dios encarnada en Jesucristo. Y María, la primera y perfecta discípula de Jesús, la primera y perfecta creyente, modelo de la Iglesia en camino, es la que abre esta vía de la maternidad de la Iglesia y sostiene siempre su misión materna dirigida a todos los hombres. Su testimonio materno y discreto

camina con la Iglesia desde el principio. Ella, la Madre de Dios, es también Madre de la Iglesia y, a través de la Iglesia, es Madre de todos los hombres y de todos los pueblos.

Que esta madre dulce y premurosa nos obtenga la bendición del Señor para toda la familia humana. De manera especial hoy, Jornada Mundial de la Paz, invocamos su intercesión para que el Señor nos de la paz en nuestros días: paz en nuestros corazones, paz en las familias, paz entre las naciones. Este año, en concreto, el mensaje para la Jornada Mundial de la Paz lleva por título: “No más esclavos, sino hermanos”. Todos estamos llamados a ser libres, todos a ser hijos y, cada uno de acuerdo con su responsabilidad, a luchar contra las formas modernas de esclavitud. Desde todo pueblo, cultura y religión, unamos nuestras fuerzas. Que nos guíe y sostenga Aquel que para hacernos a todos hermanos se hizo nuestro servidor.

Miremos a María, contemplemos a la Santa Madre de Dios. Os propongo que juntos la saludemos como hizo aquel pueblo valiente de Éfeso, que gritaba cuando sus pastores entraban en la Iglesia: “¡Santa Madre de Dios!”. Qué bonito saludo para nuestra Madre... Hay una historia que dice, no sé si es verdadera, que algunos de ellos llevaban bastones en sus manos, tal vez para dar a entender a los obispos lo que les podría pasar si no tenían el valor de proclamar a María como “Madre de Dios”. Os invito a todos, sin bastones, a ponerlos en pie y saludarla tres veces con este saludo de la primitiva Iglesia: “¡Santa Madre de Dios!”.

Homilía 2016

La Madre de Dios nos ofrece la posibilidad de captar el sentido de los acontecimientos

Hemos escuchado las palabras del apóstol Pablo: «Cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer» (Ga 4,4).

¿Qué significa el que Jesús naciera en la «*plenitud de los tiempos*»? Si nos fijamos únicamente en el momento histórico, podemos quedarnos pronto defraudados. Roma dominaba con su potencia militar gran parte del mundo conocido. El emperador Augusto había llegado al poder después de haber combatido cinco guerras civiles. También Israel había sido conquistado por el Imperio Romano y el pueblo elegido carecía de libertad. Para los contemporáneos de Jesús, por tanto, esa no era en modo alguno la mejor época. La plenitud de los tiempos no se define desde una perspectiva geopolítica.

Se necesita, pues, otra interpretación, que entienda la plenitud *desde el punto de vista de Dios*. Para la humanidad, la plenitud de los tiempos tiene lugar en el momento en el que Dios establece que ha llegado la hora de cumplir la promesa que había hecho. Por tanto, no es la historia la que decide el nacimiento de Cristo, sino que es más bien *su venida en el mundo la que hace que la historia alcance su plenitud*. Por esta razón, el nacimiento del Hijo de Dios señala el comienzo de una nueva era en la que se cumple la antigua promesa. Como escribe el autor de la Carta a los Hebreos: «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final, nos ha hablado por el Hijo, al que ha nombrado heredero de todo, y por medio del cual ha ido realizando las edades del mundo. Él es reflejo de su gloria, impronta de su ser. Él sostiene el universo con su palabra poderosa» (1,1-3). La plenitud de los tiempos es, pues, la presencia en nuestra historia del mismo Dios en persona. Ahora podemos ver su gloria que resplandece en la pobreza de un establo, y ser animados y sostenidos por su Verbo que se ha hecho «pequeño» en un niño. Gracias a él, nuestro tiempo encuentra su plenitud. También nuestro tiempo personal alcanzará su plenitud en el encuentro con Jesucristo, el Dios hecho hombre.

Sin embargo, este misterio contrasta siempre con la *dramática experiencia histórica*. Cada día, aunque deseamos vernos sostenidos por los signos de la presencia de Dios, nos encontramos con signos opuestos, negativos, que nos hacen creer que él está ausente. La plenitud de los tiempos parece desmoronarse ante la multitud de formas de injusticia y de violencia que golpean cada día a la humanidad. A veces nos preguntamos: ¿Cómo es posible que perdure la opresión del hombre contra el hombre, que la arrogancia del más fuerte continúe humillando al más débil, arrinconándolo en los márgenes más miserables de nuestro mundo? ¿Hasta cuándo la maldad humana seguirá sembrando la tierra de violencia y de odio, que provocan tantas víctimas inocentes? ¿Cómo puede ser este un tiempo de plenitud, si ante nuestros ojos muchos hombres, mujeres y niños siguen huyendo de la guerra, del hambre, de la persecución, dispuestos a arriesgar sus vidas con tal de que se respeten sus derechos fundamentales? Un río de miseria, alimentado por el pecado, parece contradecir la plenitud de los tiempos realizada por Cristo. Acordaos, queridos *pueri cantores*, que ésta era la tercera pregunta que ayer me hicisteis: ¿Cómo se explica esto...? También los niños se dan cuenta de esto

Y, sin embargo, este río en crecida nada puede contra el *océano de misericordia* que inunda nuestro mundo. Todos estamos llamados a sumergirnos en este océano, a dejarnos regenerar para vencer la indiferencia que impide la solidaridad y salir de la falsa neutralidad que obstaculiza el compartir. La gracia de Cristo, que lleva a su cumplimiento la esperanza de la salvación, nos empuja a cooperar con él en la construcción de un mundo más justo y fraterno, en el que todas las personas y todas las criaturas puedan vivir en paz, en la armonía de la creación originaria de Dios.

Al comienzo de un nuevo año, la Iglesia nos hace contemplar la Maternidad de María como icono de la paz. La promesa antigua se cumple en su persona. Ella ha creído en las palabras del ángel, ha concebido al Hijo, se ha convertido en la Madre del Señor. A través de ella, a través de su «sí», ha llegado la plenitud de los tiempos. El Evangelio que hemos escuchado dice: «Conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón» (Lc 2,19). Ella se nos presenta como un vaso siempre rebosante de la memoria de Jesús, Sede de la Sabiduría, al que podemos acudir para saber interpretar coherentemente su enseñanza. Hoy nos ofrece la posibilidad de captar el sentido de los acontecimientos que nos afectan a nosotros personalmente, a nuestras familias, a nuestros países y al mundo entero. Donde no puede llegar la razón de los filósofos ni los acuerdos de la política, allí llega la fuerza de la fe que lleva la gracia del Evangelio de Cristo, y que siempre es capaz de abrir nuevos caminos a la razón y a los acuerdos.

Bienaventurada eres tú, María, porque has dado al mundo al Hijo de Dios; pero todavía más dichosa por haber creído en él. Llena de fe, has concebido a Jesús antes en tu corazón que, en tu seno, para hacerte Madre de todos los creyentes (cf. San Agustín, *Sermón* 215, 4). Madre, derrama sobre nosotros tu bendición en este día consagrado a ti; muéstranos el rostro de tu Hijo Jesús, que trae a todo el mundo misericordia y paz. Amén.

Homilía 2017

Donde hay madre hay ternura

«Mientras tanto, María conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón» (Lc 2, 19). Así Lucas describe la actitud con la que María recibe todo lo que estaban viviendo en esos días. Lejos de querer entender o adueñarse de la situación, María es la mujer que sabe conservar, es decir proteger, *custodiar* en su corazón el paso de Dios en la vida de su Pueblo. Desde sus entrañas aprendió a escuchar el latir del corazón de su Hijo y eso le enseñó, a lo largo de toda su vida, a descubrir el palpitir de Dios en la historia. Aprendió a ser madre y, en ese aprendizaje, le regaló a Jesús la

hermosa experiencia de saberse Hijo. En María, el Verbo Eterno no sólo se hizo carne sino que aprendió a reconocer la ternura maternal de Dios. Con María, el Niño-Dios aprendió a escuchar los anhelos, las angustias, los gozos y las esperanzas del Pueblo de la promesa. Con ella se descubrió a sí mismo Hijo del santo Pueblo fiel de Dios.

En los evangelios María aparece como mujer de pocas palabras, sin grandes discursos ni protagonismos pero con una mirada atenta que sabe custodiar la vida y la misión de su Hijo y, por tanto, de todo lo amado por Él. Ha sabido custodiar los albores de la primera comunidad cristiana, y así aprendió a ser madre de una multitud. Ella se ha acercado en las situaciones más diversas para sembrar esperanza. Acompañó las cruces cargadas en el silencio del corazón de sus hijos. Tantas devociones, tantos santuarios y capillas en los lugares más recónditos, tantas imágenes esparcidas por las casas, nos recuerdan esta gran verdad. María, nos dio el calor materno, ese que nos cobija en medio de la dificultad; el calor materno que permite que nada ni nadie apague en el seno de la Iglesia la revolución de la ternura inaugurada por su Hijo. Donde hay madre, hay ternura. Y María con su maternidad nos muestra que la humildad y la ternura no son virtudes de los débiles sino de los fuertes, nos enseña que no es necesario maltratar a otros para sentirse importantes (cf. Exhort. ap. *Evangelii gaudium*, 288). Y desde siempre el santo Pueblo fiel de Dios la ha reconocido y saludado como la Santa Madre de Dios.

Celebrar la maternidad de María como Madre de Dios y madre nuestra, al comenzar un nuevo año, significa recordar una certeza que acompañará nuestros días: somos un pueblo con Madre, no somos huérfanos.

Las madres son el antídoto más fuerte ante nuestras tendencias individualistas y egoístas, ante nuestros encierros y apatías. Una sociedad sin madres no sería solamente una sociedad fría sino una sociedad que ha perdido el corazón, que ha perdido el «sabor a hogar». Una sociedad sin madres sería una sociedad sin piedad que ha dejado lugar sólo al cálculo y a la especulación. Porque las madres, incluso en los peores momentos, saben dar testimonio de la ternura, de la entrega incondicional, de la fuerza de la esperanza. He aprendido mucho de esas madres que teniendo a sus hijos presos, o postrados en la cama de un hospital, o sometidos por la esclavitud de la droga, con frío o calor, lluvia o sequía, no se dan por vencidas y siguen peleando para darles a ellos lo mejor. O esas madres que en los campos de refugiados, o incluso en medio de la guerra, logran abrazar y sostener sin desfallecer el sufrimiento de sus hijos. Madres que dejan literalmente la vida para que ninguno de sus hijos se pierda. Donde está la madre hay unidad, hay pertenencia, pertenencia de hijos.

Comenzar el año haciendo memoria de la bondad de Dios en el rostro maternal de María, en el rostro maternal de la Iglesia, en los rostros de nuestras madres, nos protege de la corrosiva enfermedad de «la orfandad espiritual», esa orfandad que vive el alma cuando se siente sin madre y le falta la ternura de Dios. Esa orfandad que vivimos cuando se nos va apagando el sentido de pertenencia a una familia, a un pueblo, a una tierra, a nuestro Dios. Esa orfandad que gana espacio en el corazón narcisista que sólo sabe mirarse a sí mismo y a los propios intereses y que crece cuando nos olvidamos que la vida ha sido un regalo —que se la debemos a otros— y que estamos invitados a compartirla en esta casa común.

Tal orfandad autorreferencial fue la que llevó a Caín a decir: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?» (*Gn* 4,9), como afirmando: él no me pertenece, no lo reconozco. Tal actitud de orfandad espiritual es un cáncer que silenciosamente corroe y degrada el alma. Y así nos vamos degradando ya que, entonces, nadie nos pertenece y no pertenecemos a nadie: degradado la tierra, porque no me pertenece, degradado a los otros, porque no me pertenecen, degradado a Dios porque no le

pertenezco, y finalmente termina degradándonos a nosotros mismos porque nos olvidamos quiénes somos, qué «apellido» divino tenemos. La pérdida de los lazos que nos unen, típica de nuestra cultura fragmentada y dividida, hace que crezca ese sentimiento de orfandad y, por tanto, de gran vacío y soledad. La falta de contacto físico (y no virtual) va cauterizando nuestros corazones (cf. Carta enc. *Laudato si'*, 49) haciéndolos perder la capacidad de la ternura y del asombro, de la piedad y de la compasión. La orfandad espiritual nos hace perder la memoria de lo que significa ser hijos, ser nietos, ser padres, ser abuelos, ser amigos, ser creyentes. Nos hace perder la memoria del valor del juego, del canto, de la risa, del descanso, de la gratuidad.

Celebrar la fiesta de la Santa Madre de Dios nos vuelve a dibujar en el rostro la sonrisa de sentirnos pueblo, de sentir que nos pertenecemos; de saber que solamente dentro de una comunidad, de una familia, las personas podemos encontrar «el clima», «el calor» que nos permita aprender a crecer humanamente y no como meros objetos invitados a «consumir y ser consumidos». Celebrar la fiesta de la Santa Madre de Dios nos recuerda que no somos mercancía intercambiable o terminales receptoras de información. Somos hijos, somos familia, somos Pueblo de Dios.

Celebrar a la Santa Madre de Dios nos impulsa a generar y cuidar lugares comunes que nos den sentido de pertenencia, de arraigo, de hacernos sentir en casa dentro de nuestras ciudades, en comunidades que nos unan y nos ayudan (cf. Carta enc. *Laudato si'*, 151).

Jesucristo en el momento de mayor entrega de su vida, en la cruz, no quiso guardarse nada para sí y entregando su vida nos entregó también a su Madre. Le dijo a María: aquí está tu Hijo, aquí están tus hijos. Y nosotros queremos recibirla en nuestras casas, en nuestras familias, en nuestras comunidades, en nuestros pueblos. Queremos encontrarnos con su mirada maternal. Esa mirada que nos libra de la orfandad; esa mirada que nos recuerda que somos hermanos: que yo te pertenezco, que tú me perteneces, que somos de la misma carne. Esa mirada que nos enseña que tenemos que aprender a cuidar la vida de la misma manera y con la misma ternura con la que ella la ha cuidado: sembrando esperanza, sembrando pertenencia, sembrando fraternidad.

Celebrar a la Santa Madre de Dios nos recuerda que tenemos Madre; no somos huérfanos, tenemos una Madre. Confesemos juntos esta verdad. Y los invito a aclamarla de pie (*todos se alzan*) tres veces como lo hicieron los fieles de Éfeso: Santa Madre de Dios, Santa Madre de Dios, Santa Madre de Dios.

BENEDICTO XVI – Homilías de la fiesta en archivo aparte

HOMILÍAS DE BENEDICTO XVI

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre

464. El acontecimiento único y totalmente singular de la Encarnación del Hijo de Dios no significa que Jesucristo sea en parte Dios y en parte hombre, ni que sea el resultado de una mezcla confusa entre lo divino y lo humano. Él se hizo verdaderamente hombre sin dejar de ser verdaderamente Dios. Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre. La Iglesia debió defender y aclarar esta verdad de fe durante los primeros siglos frente a unas herejías que la falseaban.

465. Las primeras herejías negaron menos la divinidad de Jesucristo que su humanidad verdadera (docetismo gnóstico). Desde la época apostólica la fe cristiana insistió en la verdadera encarnación del Hijo de Dios, “venido en la carne” (cf. 1 Jn 4, 2-3; 2 Jn 7). Pero desde el siglo III, la Iglesia tuvo que afirmar frente a Pablo de Samosata, en un concilio reunido en Antioquía, que Jesucristo es hijo de Dios por naturaleza y no por adopción. El primer concilio ecuménico de Nicea, en el año 325, confesó en su Credo que el Hijo de Dios es “engendrado, no creado, de la misma substancia [‘homooousios’] que el Padre” y condenó a Arrio que afirmaba que “el Hijo de Dios salió de la nada” (DS 130) y que sería “de una substancia distinta de la del Padre” (DS 126).

466. La herejía nestoriana veía en Cristo una persona humana junto a la persona divina del Hijo de Dios. Frente a ella S. Cirilo de Alejandría y el tercer concilio ecuménico reunido en Éfeso, en el año 431, confesaron que “el Verbo, al unirse en su persona a una carne animada por un alma racional, se hizo hombre” (DS 250). La humanidad de Cristo no tiene más sujeto que la persona divina del Hijo de Dios que la ha asumido y hecho suya desde su concepción. Por eso el concilio de Éfeso proclamó en el año 431 que María llegó a ser con toda verdad Madre de Dios mediante la concepción humana del Hijo de Dios en su seno: “Madre de Dios, no porque el Verbo de Dios haya tomado de ella su naturaleza divina, sino porque es de ella, de quien tiene el cuerpo sagrado dotado de un alma racional, unido a la persona del Verbo, de quien se dice que el Verbo nació según la carne” (DS 251).

467. Los monofisitas afirmaban que la naturaleza humana había dejado de existir como tal en Cristo al ser asumida por su persona divina de Hijo de Dios. Enfrentado a esta herejía, el cuarto concilio ecuménico, en Calcedonia, confesó en el año 451:

Siguiendo, pues, a los Santos Padres, enseñamos unánimemente que hay que confesar a un solo y mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad, y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente hombre compuesto de alma racional y cuerpo; consustancial con el Padre según la divinidad, y consustancial con nosotros según la humanidad, ‘en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado’ (Hb 4, 15); nacido del Padre antes de todos los siglos según la divinidad; y por nosotros y por nuestra salvación, nacido en los últimos tiempos de la Virgen María, la Madre de Dios, según la humanidad. Se ha de reconocer a un solo y mismo Cristo Señor, Hijo único en dos naturalezas, sin confusión, sin cambio, sin división, sin separación. La diferencia de naturalezas de ningún modo queda suprimida por su unión, sino que quedan a salvo las propiedades de cada una de las naturalezas y confluyen en un solo sujeto y en una sola persona (DS 301-302).

468. Después del concilio de Calcedonia, algunos concibieron la naturaleza humana de Cristo como una especie de sujeto personal. Contra éstos, el quinto concilio ecuménico, en Constantinopla el año 553 confesó a propósito de Cristo: “No hay más que una sola hipóstasis [o persona], que es nuestro Señor Jesucristo, uno de la Trinidad” (DS 424). Por tanto, todo en la humanidad de Jesucristo debe ser atribuido a su persona divina como a su propio sujeto (cf. ya Cc. Efeso: DS 255), no solamente los milagros sino también los sufrimientos (cf. DS 424) y la misma muerte: “El que ha sido crucificado en la carne, nuestro Señor Jesucristo, es verdadero Dios, Señor de la gloria y uno de la santísima Trinidad” (DS 432).

469. La Iglesia confiesa así que Jesús es inseparablemente verdadero Dios y verdadero hombre. Él es verdaderamente el Hijo de Dios que se ha hecho hombre, nuestro hermano, y eso sin dejar de ser Dios, nuestro Señor:

“Id quod fuit remansit et quod non fuit assumpsit” (“Permaneció en lo que era y asumió lo que no era”), canta la liturgia romana (LH, antífona de laudes del primero de enero; cf. S. León Magno,

serm. 21, 2-3). Y la liturgia de S. Juan Crisóstomo proclama y canta: “Oh Hijo Único y Verbo de Dios, siendo inmortal te has dignado por nuestra salvación encarnarte en la santa Madre de Dios, y siempre Virgen María, sin mutación te has hecho hombre, y has sido crucificado. Oh Cristo Dios, que por tu muerte has aplastado la muerte, que eres Uno de la Santa Trinidad, glorificado con el Padre y el Santo Espíritu, ¡sálvanos!” (Tropario “O monoghenis”).

María es la Madre de Dios

495. Llamada en los Evangelios “la Madre de Jesús”(Jn 2, 1; 19, 25; cf. Mt 13, 55, etc.), María es aclamada bajo el impulso del Espíritu como “la madre de mi Señor” desde antes del nacimiento de su hijo (cf Lc 1, 43). En efecto, aquél que ella concibió como hombre, por obra del Espíritu Santo, y que se ha hecho verdaderamente su Hijo según la carne, no es otro que el Hijo eterno del Padre, la segunda persona de la Santísima Trinidad. La Iglesia confiesa que María es verdaderamente Madre de Dios [“Theotokos”] (cf. DS 251).

2677. “Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros... “Con Isabel, nos maravillamos y decimos: “¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?” (Lc 1, 43). Porque nos da a Jesús su hijo, María es madre de Dios y madre nuestra; podemos confiarle todos nuestros cuidados y nuestras peticiones: ora para nosotros como oró para sí misma: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1, 38). Confiándonos a su oración, nos abandonamos con ella en la voluntad de Dios: “Hágase tu voluntad”.

“Ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte”. Pidiendo a María que ruegue por nosotros, nos reconocemos pecadores y nos dirigimos a la “Madre de la Misericordia”, a la Virgen Santísima. Nos ponemos en sus manos “ahora”, en el hoy de nuestras vidas. Y nuestra confianza se ensancha para entregarle desde ahora, “la hora de nuestra muerte”. Que esté presente en esa hora, como estuvo en la muerte en Cruz de su Hijo y que en la hora de nuestro tránsito nos acoja como madre nuestra (cf Jn 19, 27) para conducirnos a su Hijo Jesús, al Paraíso.

Nuestra adopción como hijos de Dios

1. Dios, infinitamente Perfecto y Bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para que tenga parte en su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, está cerca del hombre. Le llama y le ayuda a buscarlo, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó, a la unidad de su familia, la Iglesia. Lo hace mediante su Hijo que envió como Redentor y Salvador al llegar la plenitud de los tiempos. En él y por él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y por tanto los herederos de su vida bienaventurada.

52. Dios, que “habita una luz inaccesible” (1 Tm 6,16) quiere comunicar su propia vida divina a los hombres libremente creados por él, para hacer de ellos, en su Hijo único, hijos adoptivos (cf. Ef 1,4-5). Al revelarse a sí mismo, Dios quiere hacer a los hombres capaces de responderle, de conocerle y de amarle más allá de lo que ellos serían capaces por sus propias fuerzas.

270. Dios es el Padre todopoderoso. Su paternidad y su poder se esclarecen mutuamente. Muestra, en efecto, su omnipotencia paternal por la manera como cuida de nuestras necesidades (cf. Mt 6,32); por la adopción filial que nos da (“Yo seré para vosotros padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas, dice el Señor todopoderoso”: 2 Co 6,18); finalmente, por su misericordia infinita, pues muestra su poder en el más alto grado perdonando libremente los pecados.

294. La gloria de Dios consiste en que se realice esta manifestación y esta comunicación de su bondad para las cuales el mundo ha sido creado. Hacer de nosotros “hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef 1,5-6):

“Porque la gloria de Dios es el hombre vivo, y la vida del hombre es la visión de Dios: si ya la revelación de Dios por la creación procuró la vida a todos los seres que viven en la tierra, cuánto más la manifestación del Padre por el Verbo procurará la vida a los que ven a Dios” (S. Ireneo, haer. 4,20,7). El fin último de la creación es que Dios, “Creador de todos los seres, se hace por fin `todo en todas las cosas’ (1 Co 15,28), procurando al mismo tiempo su gloria y nuestra felicidad” (AG 2).

CREO EN JESUCRISTO, HIJO UNICO DE DIOS

La Buena Nueva: Dios ha enviado a su Hijo

422. “Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva” (Ga 4, 4-5). He aquí “la Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios” (Mc 1, 1): Dios ha visitado a su pueblo (cf. Lc 1, 68), ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a su descendencia (cf. Lc 1, 55); lo ha hecho más allá de toda expectativa: Él ha enviado a su “Hijo amado” (Mc 1, 11).

654. Hay un doble aspecto en el misterio Pascual: por su muerte nos libera del pecado, por su Resurrección nos abre el acceso a una nueva vida. Esta es, en primer lugar, la justificación que nos devuelve a la gracia de Dios (cf. Rm 4, 25) “a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos... así también nosotros vivamos una nueva vida” (Rm 6, 4). Consiste en la victoria sobre la muerte y el pecado y en la nueva participación en la gracia (cf. Ef 2, 4-5; 1 P 1, 3). Realiza la adopción filial porque los hombres se convierten en hermanos de Cristo, como Jesús mismo llama a sus discípulos después de su Resurrección: “Id, avisad a mis hermanos” (Mt 28, 10; Jn 20, 17). Hermanos no por naturaleza, sino por don de la gracia, porque esta filiación adoptiva confiere una participación real en la vida del Hijo único, la que ha revelado plenamente en su Resurrección.

1709. El que cree en Cristo se hace hijo de Dios. Esta adopción filial lo transforma dándole la posibilidad de seguir el ejemplo de Cristo. Le hace capaz de obrar rectamente y de practicar el bien. En la unión con su Salvador el discípulo alcanza la perfección de la caridad, la santidad. La vida moral, madurada en la gracia, culmina en vida eterna, en la gloria del cielo.

2009. La adopción filial, haciéndonos partícipes por la gracia de la naturaleza divina, puede conferirnos, según la justicia gratuita de Dios, un verdadero mérito. Se trata de un derecho por gracia, el pleno derecho del amor, que nos hace “coherederos” de Cristo y dignos de obtener la “herencia prometida de la vida eterna” (Cc. de Trento: DS 1546). Los méritos de nuestras buenas obras son dones de la bondad divina (cf. Cc. de Trento: DS 1548). “La gracia ha precedido; ahora se da lo que es debido...los méritos son dones de Dios” (S. Agustín, serm. 298,4-5).

Jesús observa la Ley y la perfecciona

Los Misterios de la Infancia de Jesús

527. La Circuncisión de Jesús, al octavo día de su nacimiento (cf. Lc 2, 21) es señal de su inserción en la descendencia de Abraham, en el pueblo de la Alianza, de su sometimiento a la Ley (cf. Ga 4, 4) y de su consagración al culto de Israel en el que participará durante toda su vida. Este signo prefigura “la circuncisión en Cristo” que es el Bautismo (Col 2, 11-13).

I. JESUS Y LA LEY

577. Al comienzo del Sermón de la montaña, Jesús hace una advertencia solemne presentando la Ley dada por Dios en el Sinaí con ocasión de la Primera Alianza, a la luz de la gracia de la Nueva Alianza:

“No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento. Sí, os lo aseguro: el cielo y la tierra pasarán antes que pase una i o un ápice de la Ley sin que todo se haya cumplido. Por tanto, el que quebrante uno de estos mandamientos menores, y así lo enseñe a los hombres, será el menor en el Reino de los cielos; en cambio el que los observe y los enseñe, ese será grande en el Reino de los cielos” (Mt 5, 17-19).

578. Jesús, el Mesías de Israel, por lo tanto el más grande en el Reino de los cielos, se debía sujetar a la Ley cumpliéndola en su totalidad hasta en sus menores preceptos, según sus propias palabras. Incluso es el único en poderlo hacer perfectamente (cf. Jn 8, 46). Los judíos, según su propia confesión, jamás han podido cumplir jamás la Ley en su totalidad, sin violar el menor de sus preceptos (cf. Jn 7, 19; Hch 13, 38-41; 15, 10). Por eso, en cada fiesta anual de la Expiación, los hijos de Israel piden perdón a Dios por sus transgresiones de la Ley. En efecto, la Ley constituye un todo y, como recuerda Santiago, “quien observa toda la Ley, pero falta en un solo precepto, se hace reo de todos” (St 2, 10; cf. Ga 3, 10; 5, 3).

579. Este principio de integridad en la observancia de la Ley, no sólo en su letra sino también en su espíritu, era apreciado por los fariseos. Al subrayarlo para Israel, muchos judíos del tiempo de Jesús fueron conducidos a un celo religioso extremo (cf. Rm 10, 2), el cual, si no quería convertirse en una casuística “hipócrita” (cf. Mt 15, 3-7; Lc 11, 39-54) no podía más que preparar al pueblo a esta intervención inaudita de Dios que será la ejecución perfecta de la Ley por el único Justo en lugar de todos los pecadores (cf. Is 53, 11; Hb 9, 15).

580. El cumplimiento perfecto de la Ley no podía ser sino obra del divino Legislador que nació sometido a la Ley en la persona del Hijo (cf. Ga 4, 4). En Jesús la Ley ya no aparece grabada en tablas de piedra sino “en el fondo del corazón” (Jr 31, 33) del Siervo, quien, por “aportar fielmente el derecho” (Is 42, 3), se ha convertido en “la Alianza del pueblo” (Is 42, 6). Jesús cumplió la Ley hasta tomar sobre sí mismo “la maldición de la Ley” (Ga 3, 13) en la que habían incurrido los que no “practican todos los preceptos de la Ley” (Ga 3, 10) porque, ha intervenido su muerte para remisión de las transgresiones de la Primera Alianza” (Hb 9, 15).

581. Jesús fue considerado por los Judíos y sus jefes espirituales como un “rabbi” (cf. Jn 11, 28; 3, 2; Mt 22, 23-24, 34-36). Con frecuencia argumentó en el marco de la interpretación rabínica de la Ley (cf. Mt 12, 5; 9, 12; Mc 2, 23-27; Lc 6, 6-9; Jn 7, 22-23). Pero al mismo tiempo, Jesús no podía menos que chocar con los doctores de la Ley porque no se contentaba con proponer su interpretación entre los suyos, sino que “enseñaba como quien tiene autoridad y no como sus escribas” (Mt 7, 28-29). La misma Palabra de Dios, que resonó en el Sinaí para dar a Moisés la Ley escrita, es la que en él se hace oír de nuevo en el Monte de las Bienaventuranzas (cf. Mt 5, 1). Esa palabra no revoca la Ley sino que la perfecciona aportando de modo divino su interpretación definitiva: “Habéis oído también que se dijo a los antepasados... pero yo os digo” (Mt 5, 33-34). Con esta misma autoridad divina, desaprueba ciertas “tradiciones humanas” (Mc 7, 8) de los fariseos que “anulan la Palabra de Dios” (Mc 7, 13).

582. Yendo más lejos, Jesús da plenitud a la Ley sobre la pureza de los alimentos, tan importante en la vida cotidiana judía, manifestando su sentido “pedagógico” (cf. Ga 3, 24) por medio de una interpretación divina: “Todo lo que de fuera entra en el hombre no puede hacerle impuro... -así declaraba puros todos los alimentos- ... Lo que sale del hombre, eso es lo que hace impuro al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen las intenciones malas” (Mc 7, 18-21). Jesús, al dar con autoridad divina la interpretación definitiva de la Ley, se vio enfrentado a algunos doctores de la Ley que no recibían su interpretación a pesar de estar garantizada por los signos divinos con que la acompañaba (cf. Jn 5, 36; 10, 25. 37-38; 12, 37). Esto ocurre, en particular,

respecto al problema del sábado: Jesús recuerda, frecuentemente con argumentos rabínicos (cf. Mt 2,25-27; Jn 7, 22-24), que el descanso del sábado no se quebranta por el servicio de Dios (cf. Mt 12, 5; Nm 28, 9) o al prójimo (cf. Lc 13, 15-16; 14, 3-4) que realizan sus curaciones.

La Ley nueva nos libera de las restricciones de la Ley antigua

580. El cumplimiento perfecto de la Ley no podía ser sino obra del divino Legislador que nació sometido a la Ley en la persona del Hijo (cf Ga 4, 4). En Jesús la Ley ya no aparece grabada en tablas de piedra sino “en el fondo del corazón” (Jr 31, 33) del Siervo, quien, por “aportar fielmente el derecho” (Is 42, 3), se ha convertido en “la Alianza del pueblo” (Is 42, 6). Jesús cumplió la Ley hasta tomar sobre sí mismo “la maldición de la Ley” (Ga 3, 13) en la que habían incurrido los que no “practicaban todos los preceptos de la Ley” (Ga 3, 10) porque, ha intervenido su muerte para remisión de las transgresiones de la Primera Alianza” (Hb 9, 15).

1972. La Ley nueva es llamada ley de amor, porque hace obrar por el amor que infunde el Espíritu Santo más que por el temor; ley de gracia, porque confiere la fuerza de la gracia para obrar mediante la fe y los sacramentos; ley de libertad (cf St 1,25; 2,12), porque nos libera de las observancias rituales y jurídicas de la Ley antigua, nos inclina a obrar espontáneamente bajo el impulso de la caridad y nos hace pasar de la condición del siervo “que ignora lo que hace su señor”, a la de amigo de Cristo, “porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer” (Jn 15,15), o también a la condición de hijo heredero (cf Gál 4,1-7. 21-31; Rm 8,15).

Por medio del Espíritu Santo podemos llamar a Dios “Abba”

CREO EN EL ESPIRITU SANTO

683. “Nadie puede decir: “¡Jesús es Señor!” sino por influjo del Espíritu Santo” (1 Co 12, 3). “Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abbá, Padre!” (Ga 4, 6). Este conocimiento de fe no es posible sino en el Espíritu Santo. Para entrar en contacto con Cristo, es necesario primeramente haber sido atraído por el Espíritu Santo. Él es quien nos precede y despierta en nosotros la fe. Mediante el Bautismo, primer sacramento de la fe, la Vida, que tiene su fuente en el Padre y se nos ofrece por el Hijo, se nos comunica íntima y personalmente por el Espíritu Santo en la Iglesia:

El Bautismo nos da la gracia del nuevo nacimiento en Dios Padre por medio de su Hijo en el Espíritu Santo. Porque los que son portadores del Espíritu de Dios son conducidos al Verbo, es decir al Hijo; pero el Hijo los presenta al Padre, y el Padre les concede la incorruptibilidad. Por tanto, sin el Espíritu no es posible ver al Hijo de Dios, y, sin el Hijo, nadie puede acercarse al Padre, porque el conocimiento del Padre es el Hijo, y el conocimiento del Hijo de Dios se logra por el Espíritu Santo (San Ireneo, dem. 7).

I. LA MISION CONJUNTA DEL HIJO Y DEL ESPIRITU

689. Aquel al que el Padre ha enviado a nuestros corazones, el Espíritu de su Hijo (cf. Ga 4, 6) es realmente Dios. Consustancial con el Padre y el Hijo, es inseparable de ellos, tanto en la vida íntima de la Trinidad como en su don de amor para el mundo. Pero al adorar a la Santísima Trinidad vivificante, consustancial e indivisible, la fe de la Iglesia profesa también la distinción de las Personas. Cuando el Padre envía su Verbo, envía también su aliento: misión conjunta en la que el Hijo y el Espíritu Santo son distintos pero inseparables. Sin ninguna duda, Cristo es quien se manifiesta, Imagen visible de Dios invisible, pero es el Espíritu Santo quien lo revela.

1695. “Justificados en el nombre del Señor Jesucristo y en el Espíritu de nuestro Dios” (1 Co 6,11), “santificados y llamados a ser santos” (1 Co 1,2), los cristianos se convierten en “el templo del

Espíritu Santo” (cf 1 Co 6,19). Este “Espíritu del Hijo” les enseña a orar al Padre (cf Gál 4,6) y, haciéndose vida en ellos, les hace obrar (cf Gal 5,25) para dar “los frutos del Espíritu” (Gal 5,22) por la caridad operante. Curando las heridas del pecado, el Espíritu Santo nos renueva interiormente por una transformación espiritual (cf Ef 4,23), nos ilumina y nos fortalece para vivir como “hijos de la luz” (Ef 5,8), “por la bondad, la justicia y la verdad” en todo (Ef 5,9).

2766. Pero Jesús no nos deja una fórmula para repetirla de modo mecánico (cf Mt 6, 7; 1 R 18, 26-29). Como en toda oración vocal, el Espíritu Santo, a través de la Palabra de Dios, enseña a los hijos de Dios a hablar con su Padre. Jesús no sólo nos enseña las palabras de la oración filial, sino que nos da también el Espíritu por el que éstas se hacen en nosotros “espíritu y vida” (Jn 6, 63). Más todavía: la prueba y la posibilidad de nuestra oración filial es que el Padre “ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ‘¡Abbá, Padre!’” (Ga 4, 6). Ya que nuestra oración interpreta nuestros deseos ante Dios, es también “el que escruta los corazones”, el Padre, quien “conoce cuál es la aspiración del Espíritu, y que su intercesión en favor de los santos es según Dios” (Rm 8, 27). La oración al Padre se inserta en la misión misteriosa del Hijo y del Espíritu.

“PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN EL CIELO”

I. ACERCARSE A EL CON TODA CONFIANZA

2777. En la liturgia romana, se invita a la asamblea eucarística a rezar el Padre Nuestro con una audacia filial; las liturgias orientales usan y desarrollan expresiones análogas: “Atrevemos con toda confianza”, “Háznos dignos de”. Ante la zarza ardiendo, se le dijo a Moisés: “No te acerques aquí. Quita las sandalias de tus pies” (Ex 3, 5). Este umbral de la santidad divina, sólo lo podía franquear Jesús, el que “después de llevar a cabo la purificación de los pecados” (Hb 1, 3), nos introduce en presencia del Padre: “Hémos aquí, a mí y a los hijos que Dios me dio” (Hb 2, 13):

La conciencia que tenemos de nuestra condición de esclavos nos haría meternos bajo tierra, nuestra condición terrena se desharía en polvo, si la autoridad de nuestro mismo Padre y el Espíritu de su Hijo, no nos empujasen a proferir este grito: ‘Abbá, Padre’ (Rm 8, 15) ... ¿Cuándo la debilidad de un mortal se atrevería a llamar a Dios Padre suyo, sino solamente cuando lo íntimo del hombre está animado por el Poder de lo alto? (San Pedro Crisólogo, serm. 71).

2778. Este poder del Espíritu que nos introduce en la Oración del Señor se expresa en las liturgias de Oriente y de Occidente con la bella palabra, típicamente cristiana: “parrhesia”, simplicidad sin desviación, conciencia filial, seguridad alegre, audacia humilde, certeza de ser amado (cf Ef 3, 12; Hb 3, 6; 4, 16; 10, 19; 1 Jn 2,28; 3, 21; 5, 14).

El nombre de Jesús

“Y EN JESUCRISTO, SU UNICO HIJO, NUESTRO SEÑOR”

I. JESUS

430. Jesús quiere decir en hebreo: “Dios salva”. En el momento de la anunciación, el ángel Gabriel le dio como nombre propio el nombre de Jesús que expresa a la vez su identidad y su misión (cf. Lc 1, 31). Ya que “¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?” (Mc 2, 7), es él quien, en Jesús, su Hijo eterno hecho hombre “salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt 1, 21). En Jesús, Dios recapitula así toda la historia de la salvación en favor de los hombres.

431. En la historia de la salvación, Dios no se ha contentado con librar a Israel de “la casa de servidumbre” (Dt 5, 6) haciéndole salir de Egipto. Él lo salva además de su pecado. Puesto que el pecado es siempre una ofensa hecha a Dios (cf. Sal 51, 6), sólo él es quien puede absolverlo (cf. Sal

51, 12). Por eso es por lo que Israel tomando cada vez más conciencia de la universalidad del pecado, ya no podrá buscar la salvación más que en la invocación del Nombre de Dios Redentor (cf. Sal 79, 9).

432. El nombre de Jesús significa que el Nombre mismo de Dios está presente en la persona de su Hijo (cf. Hch 5, 41; 3 Jn 7) hecho hombre para la redención universal y definitiva de los pecados. Él es el Nombre divino, el único que trae la salvación (cf. Jn 3, 18; Hch 2, 21) y de ahora en adelante puede ser invocado por todos porque se ha unido a todos los hombres por la Encarnación (cf. Rm 10, 6-13) de tal forma que “no hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos” (Hch 4, 12; cf. Hch 9, 14; St 2, 7).

433. El Nombre de Dios Salvador era invocado una sola vez al año por el sumo sacerdote para la expiación de los pecados de Israel, cuando había asperjado el propiciatorio del Santo de los Santos con la sangre del sacrificio (cf. Lv 16, 15-16; Si 50, 20; Hb 9, 7). El propiciatorio era el lugar de la presencia de Dios (cf. Ex 25, 22; Lv 16, 2; Nm 7, 89; Hb 9, 5). Cuando San Pablo dice de Jesús que “Dios lo exhibió como instrumento de propiciación por su propia sangre” (Rm 3, 25) significa que en su humanidad “estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Co 5, 19).

434. La Resurrección de Jesús glorifica el nombre de Dios Salvador (cf. Jn 12, 28) porque de ahora en adelante, el Nombre de Jesús es el que manifiesta en plenitud el poder soberano del “Nombre que está sobre todo nombre” (Flp 2, 9). Los espíritus malignos temen su Nombre (cf. Hch 16, 16-18; 19, 13-16) y en su nombre los discípulos de Jesús hacen milagros (cf. Mc 16, 17) porque todo lo que piden al Padre en su Nombre, él se lo concede (Jn 15, 16).

435. El Nombre de Jesús está en el corazón de la plegaria cristiana. Todas las oraciones litúrgicas se acaban con la fórmula “Per Dominum Nostrum Jesum Christum...” (“Por Nuestro Señor Jesucristo...”). El “Avemaría” culmina en “y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús”. La oración del corazón, en uso en oriente, llamada “oración a Jesús” dice: “Jesucristo, Hijo de Dios, Señor ten piedad de mí, pecador”. Numerosos cristianos mueren, como Santa Juana de Arco, teniendo en sus labios una única palabra: “Jesús”.

2666. Pero el Nombre que todo lo contiene es aquel que el Hijo de Dios recibe en su encarnación: Jesús. El nombre divino es inefable para los labios humanos (cf Ex 3, 14; 33, 19-23), pero el Verbo de Dios, al asumir nuestra humanidad, nos lo entrega y nosotros podemos invocarlo: “Jesús”, “YHVH salva” (cf Mt 1, 21). El Nombre de Jesús contiene todo: Dios y el hombre y toda la Economía de la creación y de la salvación. Decir “Jesús” es invocarlo desde nuestro propio corazón. Su Nombre es el único que contiene la presencia que significa. Jesús es el resucitado, y cualquiera que invoque su Nombre acoge al Hijo de Dios que le amó y se entregó por él (cf Rm 10, 13; Hch 2, 21; 3, 15-16; Ga 2, 20).

2667. Esta invocación de fe bien sencilla ha sido desarrollada en la tradición de la oración bajo formas diversas en Oriente y en Occidente. La formulación más habitual, transmitida por los espirituales del Sinaí, de Siria y del Monte Athos es la invocación: “Jesús, Cristo, Hijo de Dios, Señor, ¡Ten piedad de nosotros, pecadores!” Conjugue el himno cristológico de Flp 2, 6-11 con la petición del publicano y del mendigo ciego (cf Lc 18,13; Mc 10, 46-52). Mediante ella, el corazón está acorde con la miseria de los hombres y con la misericordia de su Salvador.

2668. La invocación del santo Nombre de Jesús es el camino más sencillo de la oración continua. Repetida con frecuencia por un corazón humildemente atento, no se dispersa en “palabrerías” (Mt 6, 7), sino que “conserva la Palabra y fructifica con perseverancia” (cf Lc 8, 15). Es posible “en todo

tiempo” porque no es una ocupación al lado de otra, sino la única ocupación, la de amar a Dios, que anima y transfigura toda acción en Cristo Jesús.

2812. Finalmente, el Nombre de Dios Santo se nos ha revelado y dado, en la carne, en Jesús, como Salvador (cf Mt 1, 21; Lc 1, 31): revelado por lo que él es, por su Palabra y por su Sacrificio (cf Jn 8, 28; 17, 8; 17, 17-19). Esto es el núcleo de su oración sacerdotal: “Padre santo... por ellos me consagro a mí mismo, para que ellos también sean consagrados en la verdad” (Jn 17, 19). Jesús nos “manifiesta” el Nombre del Padre (Jn 17, 6) porque “santifica” él mismo su Nombre (cf Ez 20, 39; 36, 20-21). Al terminar su Pascua, el Padre le da el Nombre que está sobre todo nombre: Jesús es Señor para gloria de Dios Padre (cf Flp 2, 9-11).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Por la fe concibió, por la fe parió

Justamente la Iglesia nos hace celebrar la fiesta de María, Madre de Dios, en la Octava de Navidad. Fue en Navidad, en efecto, el momento en el que «dio a luz a su hijo primogénito» (*Lucas* 2, 7), Y no antes cuando María llegó a ser verdadera y plenamente Madre de Dios. Madre no es un título como los demás, que se le añade desde el exterior, sin incidir sobre el ser mismo de la persona. Madre se llega a ser pasando a través de una serie de experiencias, que dejan un sello para siempre y modifican no sólo la conformación del cuerpo de la mujer sino también la misma conciencia que ella tiene de sí.

Al hablar de la maternidad divina de María, la Escritura pone de relieve constantemente dos elementos o momentos fundamentales, que corresponden, por lo demás, a aquellos que también la común experiencia humana considera esenciales para que se tenga una verdadera y plena maternidad. Estos son: concebir y parir o dar a luz. «Vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo» (*Lucas* 1, 31). El que ha sido «engendrado» en ella lo es por el Espíritu Santo y ella «dará a luz» un hijo (cfr. *Mateo* 1, 20 s.). La profecía de Isaías, en que todo esto estaba preanunciado, se expresaba del mismo modo: «Una virgen concebirá y dará a luz un hijo» (*Isaías* 7,14). He aquí por qué sólo en Navidad, cuando da a luz a Jesús, María llega a ser, en sentido pleno, Madre de Dios. El primer momento, el de engendrar o concebir, es común bien sea para el padre como para la madre, mientras que el segundo, el parir, es exclusivo de la madre.

¡Madre de Dios! Un título que expresa uno de los misterios y una de las paradojas más altas del cristianismo para la razón. Un título que ha llenado de asombro a la liturgia de la Iglesia. Ésta, haciendo suya la maravilla del antiguo pueblo de la alianza en el momento en que la gloria de Dios vino en una nube a alojarse en el templo (cfr.] *Reyes* 8, 27), exclama: «Lo que los cielos no pueden contener, se ha encerrado en tus vísceras, ¡hecho hombre!» (Antiguo responsorio de Navidad).

Madre de Dios es el más antiguo e importante título dogmático de la Virgen, habiendo sido definido por la Iglesia en el concilio de Éfeso, en el año 431, como una verdad de fe, que han de creer todos los cristianos. Es el fundamento de toda la grandeza de María. Es el principio mismo de la mariología; por eso, en el cristianismo María no es sólo objeto de devoción sino también de teología, esto es, entra en la disertación misma sobre Dios, porque Dios está directamente implicado en la maternidad divina de María. Es asimismo el título más ecuménico que exista, no sólo porque está definido en un concilio Ecuménico sino también porque es el único a ser compartido y acogido indistintamente, al menos en línea de principio, por todas las confesiones cristianas.

En el Nuevo Testamento no localizamos explícitamente el título «Madre de Dios» dado a María. Encontramos, sin embargo, afirmaciones que en la atenta reflexión de la Iglesia bajo la guía del Espíritu Santo mostrarán, de inmediato, contener ya, como *en raíz*, dicha verdad.

De María se dice, como hemos visto, que ha concebido y engendrado a un hijo, el cual es Hijo del Altísimo, santo e Hijo de Dios (cfr. *Lucas* 1,31-32.35). De los Evangelios se deduce, por lo tanto, que María es la madre de un hijo, del que se sabe que es el Hijo de Dios. Ella ordinariamente es llamada en los Evangelios: la madre de Jesús, la madre del Señor (cfr. *Lucas* 1,43) o simplemente «la madre» y «su madre» (cfr. *Juan* 2, 1-3). Será necesario que la Iglesia en el desarrollo de su fe se aclare a sí misma quién es Jesús, antes de saber quién es su madre María.

Cierto, María no comienza a ser Madre de Dios en el concilio de Éfeso, del año 431, (como Jesús no comienza a ser Dios en el concilio de Nicea del año 325, que 10 definió como tal); ya 10 era también antes. Aquel es, más bien, el momento en el que, en el desarrollar y explicitar su fe, bajo el empuje de la herejía, la Iglesia toma plena conciencia de esta verdad y toma posición al respecto. Acontece como en el descubrimiento de una nueva estrella: esta no nace en el momento en que su luz llega a la tierra y es vista en el observatorio sino que existía ya antes, posiblemente a millones de años luz.

En este proceso, que lleva a la proclamación solemne de María como Madre Dios, podemos distinguir tres grandes fases.

Al comienzo y durante todo el período dominado por la lucha contra la herejía gnóstica y docetista, la maternidad de María viene sólo contemplada casi como una *maternidad física*. Estos herejes negaban que Cristo tuviese un verdadero cuerpo humano o, si lo tenía, que este cuerpo humano fuese nacido de una mujer o, si era nacido de una mujer, que fuese sacado verdaderamente de la carne y de la sangre de ella. Contra ellos, por lo tanto, era necesario afirmar con fuerza que Jesús era hijo de María y «fruto de su seno» (*Lucas* 1,42) y que María era verdadera y natural Madre de Jesús. Algunos de estos herejes, en efecto, admitían que Jesús fuese nacido de María; pero, no que había sido concebido por María, esto es, de su misma carne. Según estos, Cristo era nacido *a través* de la Virgen, no *de la* Virgen, ya que, «introducido desde el cielo en la Virgen vino fuera a modo de paso más que de verdadera generación: a través de ella, no de ella, teniendo en la Virgen no a una madre, sino un camino». Según ellos, comenta Tertuliano, María «no habría llevado en el seno al Hijo como suyo, sino como su huésped».

La maternidad de María, en esta fase más antigua, sirve más que nada para demostrar la verdadera humanidad de Jesús. Fue en este período cuando se formuló el artículo del *Credo*: «Nacido (o encarnado) del Espíritu Santo y de María Virgen» e hizo su aparición, por vez primera, el título de *Theotókos*, Madre de Dios.

Desde ahora en adelante será precisamente el uso de este título el que lleve a la Iglesia al descubrimiento de una maternidad divina más profunda, que podríamos llamar *maternidad metafísica*. Tiene lugar durante la época de las grandes controversias cristológicas del siglo V, cuando el problema central en torno a Jesucristo ya no es el de su verdadera humanidad sino el de la unidad de su persona. La maternidad de María ya no viene vista más sólo en referencia a la naturaleza humana de Cristo sino, como es más justo, en referencia a la única persona del Verbo hecho hombre. Y dado que esta única persona, que engendra María según la carne, no es otra que la persona divina del Hijo, en consecuencia, ella aparece como verdadera «Madre de Dios».

Se aduce, a este respecto, el ejemplo de lo que acontece en toda maternidad humana. Cada madre proporciona al propio hijo el cuerpo y no el alma, que es infundida directamente por Dios. Y

ni siquiera hay nadie que llame a la propia madre, «madre de mi cuerpo», sino simplemente «mi madre», madre mía del todo, porque en mí el cuerpo y el alma forman una única naturaleza o realidad. Así, análogamente, María debe ser llamada Madre de Dios, si igualmente ha dado a Jesús sólo la humanidad y no la divinidad, porque en él humanidad y divinidad forman una sola persona.

Entre María y Cristo no existe solamente una relación de orden físico sino también de orden metafísico, y esto la coloca a una altura extraordinaria creando una relación singular asimismo entre ella y el Padre. Con el concilio de Éfeso (431) en los anatematismos o capítulos de Cirilo (contra Nestorio), esto llega a ser una conquista de la Iglesia para siempre:

«Si alguno no confiesa que Dios es según verdad el Emmanuel. y que por eso la santa Virgen es madre de Dios (pues dio a luz carnalmente al Verbo de Dios hecho carne), esto es. que es la Theotókos, sea anatema» (canon I) (*Enchiridion symbolorum*. DS. 252).

Fue un momento de gran júbilo para todo el pueblo de Éfeso, que esperó fuera del aula conciliar a los Padres y les acompañó con teas encendidas y cantos a su residencia. Tal proclamación estableció una explosión de veneración hacia la Madre de Dios, que nunca más fue a menos, ni en Oriente ni en Occidente, y que se tradujo en fiestas litúrgicas, iconos, himnos y en la construcción de innumerables iglesias dedicadas a ella entre las cuales destaca santa María la Mayor de Roma.

Pero incluso esta meta no era definitiva. Había otro nivel a revelar en la maternidad divina de María después del físico y metafísico era su *maternidad espiritual*. Fue esto la gran aportación de los autores latinos y, en particular, de san Agustín. La maternidad de María es contemplada también como una maternidad en la fe, como una maternidad espiritual. Estamos en la epopeya de la fe de María. A propósito de la palabra de Jesús: «¿Quién es mi madre?» (*Marcos* 3, 33), Agustín responde atribuyéndole a María, en grado sumo, la maternidad espiritual que le viene por hacer la voluntad del Padre: «¿Quizás la Virgen María, que creyó por fe, concibió por fe, que fue escogida a fin de que por ella naciese la salvación para los hombres, que fue creada por Cristo, antes que en ella fuese creado Cristo, no hizo la voluntad del Padre? Ciertamente que santa María hizo la voluntad del Padre y por ello no hay cosa más grande para María que haber sido discípula de Cristo, haber sido Madre de Cristo». «Antes que en su cuerpo, María concibió a Cristo en su corazón».

La maternidad física y la metafísica de María vienen ahora coronadas por el reconocimiento de una maternidad espiritual o de fe, que hace de María la primera y la más santa hija de Dios, la primera y más dócil discípula de Cristo, la criatura de la cual, escribe aún san Agustín, «cuando se habla del pecado, por el honor debido al Señor no se debe ni siquiera hacer mención». La maternidad física o real de María, con la excepcional y única relación que crea entre ella y Jesús y entre ella y la Trinidad toda entera, es y permanece, desde un punto de vista objetivo, lo más grande y un privilegio inigualable; pero, ella es precisamente tal porque encuentra en la humilde fe de María como la horma de su zapato subjetivo. Para Eva constituía ciertamente un privilegio único ser la «madre de todos los vivientes»; pero, como no tuvo fe, ello para nada le ayudó y más que bienaventurada llegó a ser desventurada.

Nosotros no podemos imitar a María en el concebir a Cristo en su cuerpo; podemos sin embargo y debemos imitarla en concebirlo en el corazón, esto es, en el creer. El *Credo* que ahora estamos invitados a proclamar juntos es el momento más indicado para hacerlo...

Hija de su Hijo

Hoy celebra la Iglesia la solemnidad de María Madre de Dios. En la segunda lectura san Pablo expresa así este misterio:

«Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la Ley, para rescatar a los que estaban bajo la Ley, para que recibiéramos el ser hijos por adopción».

Con estas palabras la divina maternidad de María viene inmersa en el corazón del misterio cristiano. Nuestra misma adopción como hijos de Dios está unida, como se ve, a ella. Los Padres que en el concilio de Éfeso, de 431, definieron a María como Theotókos, generadora de Dios; no se equivocaban por lo tanto cuando le atribuían a este título una importancia decisiva para todo el pensamiento cristiano. Ello nos habla al mismo tiempo de Jesús, de Dios y de María.

Nos habla, ante todo, de Jesús; y es, más bien, el camino mejor para descubrir el verdadero sentido de la Navidad, de la que hoy se celebra la octava. En el comienzo Madre de Dios fue un título que se refería más a Jesús que a la Virgen. De Jesús, este título nos prueba ante todo que él es verdadero hombre: «¿Por qué decimos que Cristo es hombre, si no es porque es nacido de María que es una criatura humana?», decía Tertuliano. No sólo nos dice que es hombre en cuanto a la esencia, sino también en cuanto a la existencia, porque ha querido compartir del hombre no sólo genéricamente la naturaleza sino también la experiencia. Ha vivido la vicisitud humana en todo su ser concreto.

El aspecto más difícil de admitir de esta imitación del hombre por parte de Cristo fue, al inicio, precisamente ser concebido y nacer por una mujer. A un hereje gnóstico, que se impresionaba ante la idea de un Dios «cuajado en el útero, parido entre dolores, lavado, vendado», le respondía Tertuliano: «Es que Cristo ha amado al hombre y junto con el hombre ha amado también su modo de venir al mundo. Este objeto natural de veneración, que es el nacimiento de un hombre y el dolor de una mujer en el parto, tú lo desprecias; y sin embargo ¿tú cómo has nacido?»

De Jesús, el título de Madre de Dios prueba, en segundo lugar, que es verdadero Dios. Sólo si Jesús es contemplado no como un simple hombre es posible llamar a María «Madre de Dios». De otro modo, se le podría llamar Madre de Jesús o de Cristo; pero, no de Dios. El título «Madre de Dios» es como un espía o un centinela: vela sobre el título «Dios», dado a Jesús, a fin de que no sea vaciado de contenido o agotado. El título «Madre de Dios» no se justifica más y llega a ser, por el contrario, blasfemo, apenas se deja de reconocer en Jesús al Dios hecho hombre.

En fin, de Jesús, el título «Madre de Dios» certifica que él es Dios y hombre en una sola persona. Más bien éste es el fin por el que fue patrocinado por los Padres en el concilio de Éfeso. Este título nos habla de la unidad profunda entre Dios y el hombre realizada en Jesús; de cómo Dios se haya unido al hombre y lo haya incorporado a sí en la unidad más profunda que exista en el mundo, la unidad de la persona. El seno de María –decían los Padres– ha sido el «tálamo» en el que han tenido lugar las nupcias de Dios con la humanidad, el «laboratorio» en el que se realizó la unión de Dios y del hombre.

Si en Jesús humanidad y divinidad hubieren estado unidas –como pensaban los herejes condenados en Éfeso– con una unión sólo moral y no personal, María no podría ser llamada más Madre de Dios, sino sólo Madre de Cristo. «Los Padres –escribe san Cirilo de Alejandría– no dudaron en llamar a la santísima Virgen Madre de Dios, ciertamente no porque la naturaleza del Verbo o la divinidad haya tenido origen a través de ella, sino porque nació de ella el santo cuerpo, dotado de un alma racional, al que el Verbo se ha unido hasta formar con él una sola persona». María es aquella por la que Dios se ha anclado a la tierra y a la humanidad; la que, con su divina y

humanísima maternidad, ha hecho para siempre de Dios al Emmanuel, el Dios-con-nosotros. Ha hecho de Cristo a nuestro hermano.

El título «Madre de Dios», más que de Cristo, nos habla de Dios. Ante todo, nos habla de la humildad de Dios. ¡Dios ha querido tener una Madre! Y especular que en el desarrollo del pensamiento humano hemos llegado a un punto en que hay pensadores que encuentran hasta extraño y casi ofensivo para un ser humano el hecho de haber tenido a una madre, porque esto significa depender radicalmente de alguien, no haber sido hecho de por sí, no poder proyectar enteramente la propia existencia por sí solos.

El hombre, desde siempre, busca a Dios en lo alto. Busca construir, con sus esfuerzos ascéticos o intelectuales, una especie de pirámide, pensando que en el vértice de ella encontrará a Dios o su equivalente, que en algunas religiones es la Nada. Y no se da cuenta que Dios ha descendido y ha pasado de un extremo a otro la pirámide; se ha puesto él mismo en la base, para llevar sobre sí a todo ya todos. Dios se hace presente silenciosamente en las entrañas de una mujer.

¡Qué contraste con el dios de los filósofos, qué ducha fría para el orgullo humano y qué invitación a la humildad! Dios desciende en el corazón mismo de la materia, porque madre, mater, proviene de materia, en el sentido más noble del término, que indica concreción y realidad, o también metro, medida. El Dios, que se hace carne en el seno de una mujer, es el mismo que se hace presente después en el corazón de la materia del mundo y en la Eucaristía. Es una única economía y un único estilo. San Ireneo tiene razón al decir que si no se entiende el nacimiento de Dios desde María no se puede ni siquiera entender la Eucaristía.

Escogiendo esta vía materna para manifestarse a nosotros, Dios ha revelado la dignidad de la mujer en cuanto tal. «Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer», nos ha dicho san Pablo (Gálatas 4, 4). Si él hubiese dicho: «nacido de María» se habría tratado sólo de un detalle biográfico; diciendo «nacido de mujer» ha dado a su afirmación una capacidad universal e inmensa. Es la mujer misma, cada mujer, la que ha estado elevada, en María, a tan increíble excelencia. María es aquí la mujer. Hoy se habla tanto de la promoción de la mujer, que es uno de los signos de los tiempos más bellos y alentadores. Pero, ¡con qué retraso estamos respecto a Dios! Él nos ha precedido a todos, ha conferido a la mujer un honor tal de hacernos enmudecer a todos.

El título «Madre de Dios» nos habla, en fin, naturalmente de María. María es la única en el universo, se puede decir, a la que, dirigida a Jesús, se le dice lo que a él le manifiesta el Padre celestial: «Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado» (Lucas 3,22). San Ignacio de Antioquía dice con toda sencillez que Jesús es «de Dios y de María». Casi al igual como nosotros decimos de un hombre que es hijo de tal y de cual. Dante Alighieri ha encerrado la doble paradoja de María, que es «Virgen y Madre» y «madre e hija», en un solo verso: «¡Virgen Madre, hija de tu Hijo!»

El título «Madre de Dios» basta por sí solo para fundamentar la grandeza de María y para justificar el honor tributado a ella. Tal vez se nos ha echado en cara a los católicos el exagerar con el honor y con la importancia atribuidos a María; y a veces es necesario reconocer que el reproche era justificado, al menos por el modo con que ello ocurría. Pero, no se piensa nunca en lo que ha hecho Dios. Dios se ha ido de tal manera hacia adelante en honrar a María haciéndola Madre de Dios, que nadie puede expresar ya más, incluso si tuviese —dice el mismo Lutero— tantas lenguas cuantas son las hojas de la hierba: «Llamándola Madre de Dios se ha incluido todo su honor; nadie puede decir de ella o a ella algo más grande incluso si tuviese tantas lenguas cuantas son las hojas de la hierba,

las estrellas del cielo y la arena del mar. También nuestro corazón debe reflexionar qué significa ser Madre de Dios».

El título Madre de Dios pone a María en una relación única con cada una de las personas de la Trinidad. San Francisco de Asís, en una oración, lo expresaba así: «Santa María Virgen, no hay ninguna semejante a ti, nacida en el mundo, entre las mujeres, hija del santísimo Señor nuestro Jesucristo, esposa del Espíritu Santo... ruega por nosotros a tu santísimo querido Hijo, Señor y Maestro».

El título de «Madre de Dios» es también hoy el punto de encuentro y la base común para todos los cristianos, del que volver a partir para reencontrar el entendimiento en tomo al puesto de María en la fe. Es el único título ecuménico, no sólo de derecho, porque está definido en un concilio Ecuménico, sino también de hecho porque está reconocido por todas las Iglesias. Hemos escuchado lo que pensaba Lutero. En otra ocasión, él escribió: «El artículo que afirma que María es Madre de Dios está vigente en la Iglesia desde los inicios y el concilio de Éfeso no lo ha definido como nuevo, porque era ya una verdad sostenida en el Evangelio y en la Sagrada Escritura... Las palabras de Lucas 1, 32 y de Gálatas 4, 4 sostienen con mucha firmeza que María es verdaderamente la Madre de Dios». «Nosotros creemos, enseñamos y confesamos –se lee en una fórmula de fe compuesta después de su muerte– que María es justamente llamada Madre de Dios y lo es verdaderamente».

Madre de Dios, Theotókos, es por lo tanto el título al que necesariamente hay que volver, distinguiéndolo de toda la infinita serie de otros nombres y títulos marianos. Si se tomase esto en serio por todas las Iglesias y valorado de hecho, más que reconocido de derecho en sede dogmática, bastaría para crear una fundamental unidad en tomo a María y ella, más que ocasión de división entre los cristianos, llegaría a ser, después del Espíritu Santo, el más importante factor de unidad ecuménica, la que ayuda maternalmente a «reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos» (cfr. Juan 11,52).

Durante el desarrollo del concilio de Éfeso, hubo un obispo que, durante una homilía, se dirigió a los Padres conciliares con estas palabras: «No le privamos a la Virgen, Madre de Dios, del honor que le confirió el misterio de la Encarnación. ¿No es absurdo, oh queridos, glorificar, junto con los altares de Cristo, a la cruz ignominiosa que le sostiene y hacerla resplandecer en el rostro a la Iglesia, y privar después del honor de ser Madre de Dios a aquella que en vistas a tan gran beneficio amparó a la divinidad?»

Después de haber reflexionado sobre la extraordinaria grandeza que el título «Madre de Dios» le confiere a María, se entiende cómo Dante pueda decir en su estupenda oración a la Virgen:

«Mujer, eres tan grande y tanto vales que cuál vuelo gratifica y a ti no afecta en la distancia, quieres volar sin alas».

Este título está creado para infundirnos confianza en la intercesión de María. El más antiguo texto cristiano en que María viene llamada Madre de Dios (mucho antes que en el concilio de Éfeso) es la oración por excelencia de la confianza en María, el *Sub tuum praesidium*. Con ella queremos concluir nuestra reflexión de hoy: «Bajo tu protección, santa Madre de Dios, nos refugiamos; no desprecies nuestras súplicas a los que nos encontramos en la tribulación, sino que líbranos siempre de todos los peligros, oh Virgen gloriosa y bendita».

María meditaba todas estas cosas en su corazón

Hoy, octava de Navidad, celebramos la fiesta de María Santísima Madre de Dios. El Concilio nos ha enseñado a mirar a María como la «figura» de la Iglesia, esto es, su ejemplar perfecto y su primicia. Pero, ¿puede ser María modelo para la Iglesia también en su título de Madre de Cristo? ¿Podemos nosotros llegar a ser madres de Cristo? No sólo esto es posible, sino que algunos Padres de la Iglesia (Orígenes, san Agustín, san Bernardo) han llegado a decir que, sin esta reproducción, el título de María sería inútil para nosotros: «Qué me va a mí, decían, que Cristo haya nacido una vez de María en Belén, si no nace también por la fe en mi alma?»

Debemos reclamar al recuerdo o a la mente lo que hemos visto una vez con ocasión de esta fiesta y es lo siguiente: que la maternidad divina de María se realiza sobre dos planos, a saber, en un plano físico y en un plano espiritual. María es Madre de Dios no sólo porque lo ha llevado físicamente en su seno sino también porque con la fe lo ha concebido antes en el corazón. Nosotros no podemos, naturalmente, imitar a María en el primer sentido, engendrando de nuevo a Cristo, pero podemos imitarla en el segundo sentido, que es el de la fe.

Jesús mismo inició esta aplicación para la Iglesia del título de «Madre de Cristo», cuando declaró: «Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la palabra de Dios y la cumplen» (*Lucas* 8, 21).

La liturgia de hoy nos presenta a María como la primera de quienes llegan a ser madres de Cristo mediante la escucha atenta de su palabra. Ha escogido en efecto, para esta fiesta, el pasaje evangélico en donde está escrito que «María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón».

En la tradición, la idea de la maternidad espiritual ha conocido dos niveles de aplicación complementarios entre sí. En el primero, se ve realizada esta maternidad en la Iglesia tomada en su conjunto; en el segundo, en cada una de las personas o almas que creen. El concilio Vaticano II se coloca en la primera perspectiva cuando escribe: «La Iglesia... cumpliendo fielmente la voluntad del Padre, también ella es hecha Madre por la palabra de Dios fielmente recibida: en efecto, por la predicación y el bautismo engendra para la vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por el Espíritu Santo y nacidos de Dios» (*Lumen gentium*, 64). Pero, todavía más clara es en la tradición la aplicación personal a cada alma: «Cada alma que cree, escribe san Ambrosio, concibe y engendra al Verbo de Dios. Si según la carne una sola es la Madre de Cristo, según la fe, todas las almas engendran a Cristo cuando acogen la palabra de Dios».

Centrémonos en la aplicación del título de Madre de Dios, que nos afecta también singularmente. Probemos a ver cómo se llega a ser, en concreto, madre de Jesús. Nos lo revela él mismo; a través de dos operaciones: escuchando la Palabra y poniéndola en práctica. Volvamos a pensar, para entender, cómo María llega a ser madre: concibiendo a Jesús y pariéndolo.

Hay dos maternidades incompletas o dos tipos de interrupción de maternidad. Una es la antigua y conocida por aborto. Esta tiene lugar cuando se concibe una vida, pero no se da a luz, porque, en el entretiem po, o por causas naturales o por el pecado de los hombres, el feto está muerto. Hasta hace poco, este era el único caso que se conocía de maternidad incompleta. Hoy se conoce otro que consiste, en oposición, en el parir a un hijo sin haberlo concebido. Así acontece en el caso de los hijos concebidos en una probeta e introducidos, en un segundo momento, en el seno de una mujer, y en el caso desolador y triste del útero dado en alquiler para hospedar, hasta mediante pago, vidas humanas concebidas en otra parte. En este caso, lo que la mujer da a luz, no viene de ella, no es concebido «antes en el corazón que en el cuerpo».

Desgraciadamente, también en el plano espiritual existen estas dos tristes posibilidades. Concibe a Jesús sin parto quien acoge la Palabra, sin ponerla en práctica, quien continúa haciendo un aborto espiritual tras otro, formulando propósitos de conversión que después vienen sistemáticamente olvidados y abandonados a mitad de camino; quien se comporta hacia la Palabra como el observador lleno de prisa que echa un vistazo a su rostro en el espejo y después se va olvidando de inmediato cómo era (cfr. *Santiago* 1,23-24). En suma, quien tiene fe, pero no tiene obras.

Por el contrario, da a luz a Cristo sin haberlo concebido quien hace muchas obras, incluso hasta buenas, pero que no proceden del corazón, del amor para con Dios y de la recta intención, sino más bien de la costumbre, de la hipocresía, de la búsqueda de la propia gloria y del propio interés, o de la satisfacción que da simplemente el hacer y el actuar. En suma, quien tiene las obras y no tiene la fe.

Éstos son los casos de una maternidad incompleta. Consideremos, ahora, el caso positivo de una verdadera y completa maternidad, que nos hace asemejarnos a María. San Francisco de Asís tiene una palabra, que resume bien todo lo que me está presionando esclarecer: «Somos madres de Cristo, escribe, cuando lo llevamos en el corazón y en nuestro cuerpo por medio del divino amor y de la pura y sincera conciencia; lo engendramos a través de las obras santas, que deben resplandecer ante los demás con el ejemplo... ¡Oh, como es santo y cómo es querido, agradable, humilde, pacífico, dulce, amable y deseable sobre toda cosa, tener un hermano tal y un tal hijo, el Señor nuestro Jesucristo!» Nosotros, viene a decir el santo, concebimos a Cristo cuando lo amamos con sinceridad de corazón y con rectitud de conciencia, y lo damos a luz cuando cumplimos obras santas que lo manifiestan al mundo.

San Buenaventura, discípulo e hijo del santo de Asís, ha desarrollado este pensamiento en un opúsculo titulado *Las cinco fiestas del niño Jesús*. En la introducción al libro, él cuenta cómo un día, mientras estaba en retiro sobre el monte Verna, le volvió al recuerdo o la mente lo que dicen los santos Padres, esto es, que el alma devota de Dios, por gracia del Espíritu Santo y la potencia del Altísimo, puede concebir espiritualmente al bendito Verbo e Hijo Unigénito del Padre, parirlo, darle el nombre, buscarlo y adorarlo con los Magos y finalmente presentarlo felizmente a Dios Padre en su templo.

De estos cinco momentos o fiestas del Niño Jesús, que debe revivir el alma, nos interesan sobre todo las dos primeras: la concepción y el nacimiento. Para san Buenaventura, el alma concibe a Jesús cuando, descontenta de la vida que sigue, estimulada por santas inspiraciones y encendiéndose de santo ardor, en fin, separándose resueltamente de sus viejas costumbres y defectos, es como fecundada espiritualmente por la gracia del Espíritu Santo y concibe el propósito de una vida nueva. ¡Ha tenido lugar la concepción de Cristo!

Una vez concebido, el bendito Hijo de Dios nace en su corazón en el momento en que, después de haber hecho un sano discernimiento, pedido un oportuno consejo e invocada la ayuda de Dios, el alma pone inmediatamente en obra su santo propósito, comenzando a realizar lo que desde tanto tiempo andaba madurando, pero que siempre lo había ido dejando estar para más adelante por miedo a no ser capaz. Cristo nace de nuevo, «viene a la luz» en su vida.

Pero, es necesario insistir sobre una cosa: este propósito de vida nueva debe traducirse en algo concreto sin demora, en un cambio, posiblemente también externo y visible, en nuestra vida y en nuestras costumbres. Si el propósito no es puesto en acto, Jesús es concebido, pero no está parido.

Es uno de los tantos abortos espirituales. ¡No se celebrará nunca «la segunda fiesta» del Niño Jesús, que es la Navidad! Es uno de tantos reenvíos, de los que quizás nuestra vida ha estado señalada.

Estamos al inicio de un nuevo año y este reclamo, que nos viene por la fiesta de la Madre Dios, nos puede estimular a iniciarlo bien con santos propósitos y santa decisión. Todos en este día nos intercambiamos el deseo de un «buen año». En el plano natural un año se juzga «bueno» según la abundancia y la cualidad de lo recogido. También en el plano espiritual un año es «bueno» según los frutos de obras buenas, que hayamos producido para la vida eterna.

Precisamente en consideración con el principio de año y de la jornada de la paz, que hoy celebramos, junto con la memoria de la Madre de Dios, la liturgia ha escogido como primera lectura la bendición que los sacerdotes daban al pueblo de Israel y que hoy la Iglesia invoca sobre cada hombre:

«El Señor te bendiga y te proteja, ilumine su rostro sobre ti y te conceda su favor. El Señor se fije en ti y te conceda la paz».

PREGONES - La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes

El honor más grande

El cielo y la tierra se alegran celebrando la maternidad divina de Santa María. El Rey nos ha nacido, el Hijo de Dios se ha hecho hombre, ha nacido de mujer. El Verbo se ha hecho carne.

La Luz ha iluminado al mundo, y todos alaban la maternidad divina de la Virgen María que, por la misericordia de Dios, le ha concedido ser Madre de todos los hombres, para que los que por Él han sido con su sangre comprados y renovados, sean protegidos por los mismos brazos y cuidados de la mujer que lo protegió y lo cuidó a Él, y que por la salvación de ellos participó con Él en su pasión redentora.

Ella es Madre de la persona del Hijo, que incluye dos naturalezas: humana y divina, segunda persona de la Santísima Trinidad que, con el Padre y el Espíritu Santo, son un solo Dios.

Por tanto, la persona es divina, y así es la maternidad: divina. Su nombre es Jesús. Está sobre todo nombre y tiene la fuerza para que, al pronunciarlo, toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en todo lugar.

No hay honor más grande que ser la Madre de Dios. Nadie merece mayor respeto y mayor gloria. Nadie merece siquiera pronunciar su nombre, sino para honrarla, alabarla, venerarla, respetarla, bendecirla, glorificarla, recibirla y reconocerla, acogéndola como verdadera Madre, porque lo es. Su nombre es María, Madre de Dios.

Acompáñala, no hay honor más grande. Y este es el cuarto mandamiento: honrarás a tu padre y a tu Madre. Honrarla a ella es honrar al Padre, glorificándolo en el Hijo.

Contempla en el rostro de la Madre de Dios la perfecta maternidad, ejemplo de toda virtud. Maternidad divina extendida a toda la humanidad como el más grande regalo de Dios, porque a través de ella nos ha traído a su Hijo, y en Él la salvación.

Mira hacia adentro, en el silencio y la intimidad de tu corazón, y medita, como ella, todas las cosas, para que, en una experiencia permanente de fe, ofrezcas tu vida, haciendo todo por amor de Dios.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

Reconocer para agradecer

Celebramos hoy una gran solemnidad de la Virgen; una fiesta en la que reconocemos expresamente el profundo misterio de las bondades de Dios con los hombres. Celebramos la Maternidad de María, siendo virgen, y por eso nos referimos a un misterio. Misterio, más grandioso aún, por ser una criatura Madre del Creador.

Agradecemos a Dios Nuestro Señor que haya querido hacernos conocedores de su omnipotencia y de verdades que están tan por encima de nuestra inteligencia. No sólo inalcanzables para nuestra personal capacidad, que fácilmente reconocemos limitada, sino absolutamente inabarcables para cualquier inteligencia humana. La fe, que supone confianza en Dios que revela y es efecto de la Gracia santificante, es un don divino que nos hace partícipes de algunas verdades de la vida que Dios ha querido para los hombres. Nos referimos a una vida en Él que, siendo divina, únicamente podemos conocer por revelación del mismo Dios.

El Verbo, la segunda persona de la Trinidad, se hizo carne, según nos anuncia san Juan nada más comenzar su Evangelio y como proclamamos en el rezo del *Angelus*; y naciendo de María, siempre Virgen, vivió como hombre entre los hombres –Jesús de Nazaret–, para que pudiéramos vivir su misma vida divina, que nos entregaba muriendo en la Cruz. Y junto a su Cruz estaban María, su Madre, y Juan, el discípulo amado.

Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, le dijo a su Madre:

—Mujer, aquí tienes a tu hijo.

Después le dice al discípulo:

—Aquí tienes a tu madre.

Jesús, a punto de consumir ya la obra de nuestra Redención, como verdadero hijo de María, encomienda a su Madre que tome como hijo al discípulo, y a Juan que tome como Madre a María. También ante la inminencia de su muerte, Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, manifiesta que es hijo de una mujer, María.

Así lo habían visto los pastores, como hemos meditado en los días pasados, que fueron a Belén siguiendo la sugerencia angélica: **vinieron presurosos, y encontraron a María y a José y al niño reclinado en el pesebre**. Los pastores contemplaron sencillamente a un niño recién nacido, junto a sus padres que lo cuidaban en circunstancias de extrema pobreza. San Lucas explica poco antes que, en aquellos días, siguiendo la orden de la autoridad civil, **todos iban a inscribirse, cada uno a su ciudad. José, como era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta**. Y, como no había lugar para ellos en el aposento, acabarían refugiándose en un lugar para animales. Y, comenta el evangelista, en esas circunstancias, le llegó a María el momento de dar a luz a su Hijo y **lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre**.

La Maternidad divina de María se nos presenta como un acontecimiento admirable en su profundo misterio. Deberíamos cerrar los ojos y trasladarnos a ese ambiente, a ese lugar de la Tierra en el que Dios quiso nacer de una mujer, después **de que fuera concebido en el seno materno** y de haberse desarrollado corporalmente durante nueve meses en el vientre de María. No dejemos de

contemplar nunca, con agradecida sorpresa, la máxima intimidad de Dios –en María– con su criatura humana.

Demos gracias a nuestro Dios, que nos ha amado asumiendo nuestra humanidad y haciéndose –menos en el pecado– en todo semejante a los hombres, para que podamos los hombres, por su Gracia, hacernos semejantes a Él. Contemplar a María en su Maternidad divina; honrarla, sobre toda la Creación, por haber sido elegida por Dios y haberle Ella correspondido con su entrega generosa; y considerar el inmenso don que nos hizo Jesús desde la Cruz, haciéndola también Madre de los hombres; nos sitúa frente a otro misterio: el de la inapreciable grandeza y dignidad humanas; inmerecido don de Dios, que nos hace sus hijos por adopción y que llega al hombre por María, Madre de Dios y Madre nuestra. Regalo de Dios, que no podremos ponderar justamente ni agradeceremos bastante. Nos basta pensar, como consideraba san Josemaría, que es Madre nuestra la mejor de todas las mujeres, la criatura más próxima a Dios:

Dios Omnipotente, Todopoderoso, Sapientísimo, tenía que escoger a su Madre.

¿Tú, qué habrías hecho, si hubieras tenido que escogerla? Pienso que tú y yo habríamos escogido la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Dios. Por tanto, después de la Santísima Trinidad, está María.

—Los teólogos establecen un razonamiento lógico de ese cúmulo de gracias, de ese no poder estar sujeta a satanás: convenía, Dios lo podía hacer, luego lo hizo. Es la gran prueba. La prueba más clara de que Dios rodeó a su Madre de todos los privilegios, desde el primer instante. Y así es: ¡hermosa, y pura, y limpia en alma y cuerpo!

Y nos invita a quererla.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Los augurios a María

Hoy la liturgia celebra la fiesta de María Santísima Madre de Dios. Entre nuestros hermanos orientales de rito sirio, la fiesta de hoy es llamada de los augurios a María. Nos acercamos a ella con los sentimientos con que uno se acerca a una mujer que desde hace pocos días se ha convertido en madre feliz.

Sin embargo, hay dos cosas que ubican nuestro homenaje a María por encima de cualquier comparación humana. Aquel que ella ha dado a luz es el Hijo de Dios. Por eso, ella es verdadera Madre de Dios: *Theotokos*, como dicen los cristianos ortodoxos. La Iglesia definió esta verdad en uno de sus primeros concilios ecuménicos: el realizado en Éfeso en el 431. San Ignacio de Antioquía, uno de los más ilustres mártires de la antigüedad cristiana, llama a Jesús “el hijo de Dios y de María”. Eso coloca a María a una altura vertiginosa: en realidad, al lado del Padre celestial. Pero la coloca, al mismo tiempo, tan próxima a nosotros como para hacernos de madre: la madre de la Iglesia. De hecho, el Jesús que ella ha generado nos tomó como hermanos; nos unió a él de manera tan profunda como para formar un solo cuerpo; se convirtió en nuestra cabeza, pero también en nuestro hermano: *el Primogénito entre muchos hermanos*, como lo llama san Pablo (Rom. 8,29).

Es lo que el apóstol nos ha recordado con las palabras sublimes de su carta a los gálatas, que hemos escuchado hace poco: *Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer... para hacernos hijos adoptivos*. En el momento en que Jesús, en María, se hace hijo del hombre, nosotros, hijos de los hombres, nos convertimos en hijos de Dios. En el momento en que él, de hijo pasa a ser siervo,

nosotros, que éramos siervos, nos convertimos en hijos. *Así ya no eres más esclavo, sino hijo*, nos ha recordado san Pablo en la misma lectura. Es el fascinante intercambio frente al cual se maravilla hoy toda la liturgia de la Iglesia. De él, María fue “el lugar” y la mediadora.

Convenidos en hijos de Dios por medio del Espíritu, hemos adquirido el derecho de usar también el lenguaje y la confianza de los hijos en relación con Dios, llamándolo, como Jesús: *¡Abba!* ¡Padre nuestro! Esta palabra es una especie de reliquia viviente de Cristo: es su “*ipsissima vox*”, es decir, su misma voz llegada a nosotros sin pasar por ninguna traducción. *¡Abba!*, así rezó Jesucristo.

Quizás deberíamos acordarnos más a menudo de este increíble y dulcísimo derecho nuestro; deberíamos imitar a nuestro hermano Jesús, quien tanto en la angustia del huerto de los olivos como en el ímpetu del júbilo, siempre se dirigía así al Padre: “Padre, si es posible...”. “Te agradezco, Padre...”. “Padre, en tus manos entrego mi espíritu”. Nuestra vida cristiana tiene necesidad de este amplio respiro para no entristecer y no encallar en los bancos de arena de la aridez y del formalismo. Si aprendemos a encaminar toda nuestra vida cristiana a través de esta relación filial con el Padre, encontraremos en eso la unidad de toda la fe; descubriremos la relación que nos une a cada una de las tres personas divinas: vamos al Padre por medio de Jesucristo, en el Espíritu Santo. Y no vamos individualmente o de a pocos, sino como una comunidad de seres salvados, como Iglesia de la que María es la madre y el modelo.

Hasta aquí llegan las reflexiones sugeridas a nosotros por la bellísima lectura de san Pablo. Pero también el pasaje evangélico tiene algo para decirnos acerca de María. Ella, nos indica, *conservaba estas cosas y las meditaba en su corazón*. “Todas estas cosas”. ¿Qué, exactamente? Las palabras y los hechos de esos días. Todo lo que había sucedido en ocasión del nacimiento de Jesús. La Natividad fue para ella algo que conservó en su corazón, que meditó: fue una escuela de fe. Quién sabe cuántas veces María volvió con el pensamiento a aquellos hechos, a *lo que decían los pastores*, para sacar de ellos luz y coraje durante esos larguísimos treinta años de Nazaret, años de esfuerzo y de silencio. Porque —resulta importante saberlo— María vivió de la fe, creció en la fe, fue sometida a pruebas por la fe. Y en este crecimiento en la fe, su alimento fue, como lo es para nosotros, la palabra de Dios. La palabra de Dios en María se hizo carne dos veces: primero físicamente, cuando durante nueve meses la llevó en su seno y la nutrió; luego se hizo carne en el resto de su vida, en el sentido de que cada uno de sus gestos, cada momento, fue inspirado por la palabra de Dios y fue una fiel puesta en acto de ella. María es la palabra de Dios hecha silencio. Ella permanece silenciosa a los pies de la cruz y silenciosa en el Cenáculo.

Nosotros no podemos imitarla en la primera encarnación, pero sí podemos hacerla en la segunda. Como María, podemos “concebir el Verbo con la mente” (san Agustín). Podemos entonces recibir la palabra, custodiarla en nuestro corazón, hacer de ella la “la luz para nuestros pasos”, el alimento de nuestra vida. Hasta merecer aquella bienaventuranza que el Señor señaló un día, en ocasión de una visita de su madre: *Felices...los que escuchan la Palabra de Dios y la practican* (Lc 11,28).

Finalizamos volviendo a aquella idea de intercambio con la cual hemos iniciado nuestra reflexión. A la luz de la fiesta de hoy, María se nos aparece como el regalo maravilloso que se intercambiaron Dios y el género humano en Navidad. Nuestros hermanos del rito bizantino, en Navidad, hablan a Jesús así: “¿Qué podemos ofrecerte, Cristo, por haberte hecho hombre en la tierra? Todas las criaturas te llevan el signo de su reconocimiento: los ángeles, sus cantos; los cielos, su estrella; la tierra, una gruta; el desierto, un pesebre. ¡Pero nosotros te ofrecemos una madre virgen!” (*Idiomeion* en las grandes vísperas de Navidad). El género humano ha dado a Jesús a María, su

criatura más bella, en calidad de madre. Y Jesús, en el crepúsculo de su vida, nos ha intercambiado el regalo dándonos a María como madre nuestra: *Hijo, he aquí a tu madre*.

Sobre la paz

Desde hace algunos años se celebra en este día la jornada de la paz, una jornada destinada a crear entre los hombres una conciencia, una mentalidad, una psicología de paz.

Uno de los temas propuestos en el pasado a la reflexión de los cristianos en este día decía: “La paz depende también de ti”. Este programa, siendo dirigido a todos los hombres de buena voluntad, tiene también un significado social y político universal, que atañe a todos, independientemente de su fe religiosa. En este nivel, la paz depende “también de mí”, en cuanto yo puedo contribuir a establecer la paz en aquella primera y fundamental comunidad que es la familia. En cuanto puedo, con mis acciones y con mi empeño social, fortalecer el fundamento mismo de la paz que es la justicia (*Opus justitiae pax*: Is. 32,7). En cuanto, en la sociedad en que vivo, puedo contribuir –aunque no fuese más que con mi voto– a hacer prevalecer una ideología de paz, de comprensión entre los pueblos, en vez de las ideologías basadas en el odio, en la violencia o en un nacionalismo exagerado.

Pero reflexionando sobre la paz como cristianos, en una asamblea litúrgica, y, además, cerca de Navidad, creo que es indispensable profundizar el aspecto más directamente religioso de aquel programa, entendiendo ese “también de ti” como dirigido a quien se profesa discípulo de Jesús.

¿En qué sentido un cristiano puede contribuir a la paz precisamente como cristiano? La respuesta es: encarnando en el mundo aquel ideal de paz que Jesús vino a traer a los hombres y que resonó en la gruta de Belén: *Paz a los hombres sobre la tierra*.

En el tiempo de Jesús, los hombres invocaban la paz con no menor ansia que hoy. A esa ansia de paz quiso responder el emperador Augusto proclamando para todo el mundo la pax romana. Pero, ¿qué era esa “pax romana”? Era la condición jurídica impuesta con guerras victoriosas a todos los pueblos (*parta victoriis pax*, una paz que nace de la victoria militar, como se lee en el famoso monumento ancirano de Augusto) y mediante la cual se hacía posible un florecimiento económico y una civilización. Era el silencio de las armas después de doscientos años de guerras continuas y espantosas. Era la clausura del templo de Jano.

Precisamente, mientras Augusto desde Roma anunciaba al mundo esta paz, en Palestina la palabra paz resonaba con un significado totalmente diverso: *Paz a los hombres amados por Dios* (Lc 2,14). *Bienaventurados los que trabajan por la paz porque serán llamados hijos de Dios* (Mt 5,9). *Entrando en la casa diríjanles el saludo* (Mt. 10,12), es decir –como se infiere de lo que sigue– augúrenles la paz.

El hombre que predicó esta paz fue muerto precisamente como perturbador de la paz pública, como rebelde y subversivo: *Hemos encontrado a este hombre incitando a nuestro pueblo a la rebeldía impidiéndole pagar los impuestos al Emperador y pretendiendo ser el Rey Mesías, dijeron de él entregándolo a Pilatos* (Lc. 23,11). Su paz no coincidía con la del Emperador que quería la tranquilidad, el orden establecido, la sumisión. La de Cristo, en cambio, era una paz revolucionaria que pretendía cambiar al mundo y al hombre, poner fin al mundo viejo. Por esto, Jesús también había dicho: *No he venido a traer la paz, sino una espada* (Mt. 10,34); no he venido, pues, a traer la paz que agrada a los poderosos, a aquéllos que aman el vivir quieto; al contrario, para éstos mi palabra será una espada que divide y que impone una elección.

¿Qué era entonces esta paz nueva de Jesús? San Pablo, profundizando el problema después de la muerte de Jesús, llegó a esta conclusión: La paz es Jesús mismo, *justificados por la fe, estamos en paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo* (Rom. 5,1): Él es nuestra paz (Ef. 2,14). He aquí, pues, lo que es la paz evangélica: es la reconciliación con Dios obtenida en Jesucristo, la paz que reconstruye al hombre en unidad y le devuelve la seguridad interior por la que puede exclamar: *Si Dios está por nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ¿La guerra, el hambre? Nada podrá jamás separarnos del amor de Dios* (Rom. 8,31.39). Es una certeza del corazón que vence toda realidad, todo temor y toda malicia y que ni siquiera la guerra más salvaje puede destruir. También en Auschwitz había paz en el corazón de Edith Stein y en el de Maximiliano Kolbe que fueron asesinados por odio.

Un hombre así es automáticamente también un hombre que difunde la paz; es un “trabajador por la paz”. Esta paz no se detiene en el corazón del cristiano. De ella nace una comunidad de paz que es la Iglesia: *Porque Cristo es nuestra paz; Él ha unido a los dos pueblos en uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba, es decir, la enemistad... para reconciliar a los dos con Dios en un solo cuerpo* (que es la Iglesia) (Ef. 2,14.16). Todo apartheid está así excluido en la raíz.

Sé bien que en el corazón del que escucha estas palabras nace una duda: si es así, ¿por qué a los dos mil años de las palabras de Jesús hay tantos odios también entre los cristianos, tantos apartheid entre pueblo y pueblo? ¿Por qué la Iglesia no es el signo de paz entre los hombres que se prometía? Inclínemos la cabeza todos, golpeémonos el pecho: es porque nosotros, los cristianos, hemos traicionado el evangelio, porque no nos hemos empeñado a fondo para convertirnos, para renovarnos, para hacer emerger en nosotros a ese hombre nuevo que sólo puede ser portador de paz, porque es portador de Cristo. Todavía peleamos entre nosotros sobre el modo de hacer la paz e infinitas son las propuestas, pero todas estériles, porque hemos perdido de vista nuestro modo de anunciar la paz, el que nos dejó en herencia Jesús y hemos adherido al de Augusto. El modo de Augusto consiste en imponer nuestra paz a los demás; el de Jesús es dejarnos imponer la paz de Dios, imponerla a nosotros mismos, hacerla reinar en nuestro corazón, venciendo la mala raíz de la cual brota toda discordia y toda guerra: el egoísmo. Sólo el hombre nuevo que vive según el espíritu y no según la carne puede ser hijo de la paz y trabajador por la paz entre sus hermanos. Los hombres –dice un texto del Vaticano II– en cuanto pecadores están y estarán siempre bajo la amenaza de la guerra hasta la venida de Cristo, pero en cuanto logran, unidos en el amor, vencer al pecado, vencen también la violencia hasta la realización de aquella palabra divina: *Con sus espadas forjarán arados y podaderas con sus lanzas. No levantará la espada una nación contra otra ni se adiestrarán más para la guerra* (Is. 2,4) (GS 78).

En la primera lectura hemos escuchado el deseo con el cual Dios ordenó a Moisés bendecir a los israelitas: *El Señor vuelva sobre ti su rostro y te conceda la paz*. Dentro de poco, en la Eucaristía, será el Resucitado en persona quien nos dirigirá estas dulces palabras: les doy la paz, les doy mi paz; no como la da el mundo, sino la que sólo puedo dar yo.

Madre de Dios y de la Iglesia

Hoy celebramos una de las fiestas más bellas y más profundas de la Virgen, aunque no de las más conocidas todavía: la fiesta de la Maternidad de María. Maternidad que no es sólo “divina”, sino humana porque Jesús es Dios y hombre al mismo tiempo; maternidad que se relaciona con Jesús, pero también la Iglesia porque Cristo es inseparablemente la Cabeza y sus miembros.

María no aparece muchas veces en el Nuevo Testamento; no obstante, si prestamos atención, no falta en ninguno de los tres momentos decisivos de la historia de la salvación que son: la Encarnación, la Pascua y Pentecostés; María está junto a la cuna en Belén, está junto a la cruz en el Calvario y está en el Cenáculo en el momento de la venida del Espíritu Santo. En esta oportunidad, al día siguiente de Navidad, queremos tratar de abarcar con una sola mirada de conjunto, llena de devoción y afecto filial, estos tres momentos de la vida de la Virgen con todo lo que significan; queremos, en suma, aprender a conocer mejor quién es María para nosotros.

Sabemos que es fácil, cuando se habla de María, dejarnos llevar a comparaciones y sentimientos demasiado humanos, sugeridos por la extraordinaria importancia que tiene la presencia de la madre en nuestra existencia de hombres. Esto sin embargo no debe impedir que captemos en toda su profundidad y en su sentido concreto el título de María “Madre de la Iglesia” que el Concilio Vaticano II colocó en el centro de la teología y el culto mariano (cf. LG 53). Tomar el título de Madre de la Iglesia en su sentido concreto significa también descubrir y valorizar los distintos momentos y los actos mediante los cuales María se convirtió en Madre de la Iglesia. Madre no es un título abstracto; encierra toda una historia; no se convierte en madre de golpe, de una sola vez, sino a través de muchos hechos sucesivos; para tener una maternidad, es necesario concebir la vida, llevarla en el vientre, sentirla crecer, tomando conciencia poco a poco de su presencia y habituándose a vivir con ella; luego darla a luz, luego presentarla en público y darle un nombre; y sobre todo, para nosotros los cristianos, bautizarla.

Sabemos cómo ocurrió puntualmente todo esto en lo que a Cristo respecta: María lo concibió por obra del Espíritu Santo, lo dio a luz y lo presentó en el Templo. Esa era la verdad más simple para descubrir en el Evangelio y de hecho bastó definir que Jesús era “Dios verdadero” (Nicea 325) para que, en un concilio ecuménico posterior, se sumara a definir a María como “Madre de Dios” verdadera (Éfeso 431). Pero, ¿cómo y cuándo se realiza la maternidad de María respecto de la Iglesia? Esto era más difícil de precisar y de hecho, transcurrieron siglos antes de que se llegara a definir, con igual claridad, que María es también Madre de la Iglesia. Ocurrió, como dije antes, en el reciente Concilio Vaticano II, de modo que podemos considerar ahora a estos dos concilios ecuménicos –Éfeso y Vaticano II– como dos hitos en el descubrimiento de quién es María: uno la definió Madre de Dios, el otro Madre de la Iglesia.

¿Cuándo y a través de qué hechos concretos María se convirtió entonces en Madre de la Iglesia, o sea Madre del Cuerpo de Cristo y de sus miembros que somos nosotros? A través de los mismos tres momentos en los que se convirtió en Madre de Jesús. En las palabras del ángel a María: *Concebirás...darás a luz... lo llamarás Jesús*, está contenida una doble anunciación: la anunciación de Jesús y de la Iglesia; también la Iglesia fue concebida, dada a luz y recibió el nombre, si bien en tiempos más prolongados: fue concebida en la Encarnación, fue dada a luz en el Calvario y fue bautizada y recibió el nombre de Iglesia en Pentecostés.

Primera etapa de la maternidad de María. En la Encarnación, María concibió también la Iglesia; concebir significa “recibir o abrazar” y María de hecho nos recibió y nos abrazó; junto con el Espíritu Santo (concepción activa) porque también la Iglesia, de alguna manera, nació “por obra del Espíritu Santo de la Virgen María”; junto con Jesús (concepción pasiva) porque estábamos místicamente presentes en él como los miembros en la Cabeza: “Ella colaboró con la caridad en el nacimiento de los fieles de la Iglesia, que son miembros de esa Cabeza” (san Agustín, *De virgo* 6).

En la segunda lectura de hoy, san Pablo nos dice lo esencial en cuanto a esta “concepción de la Iglesia” en María: *Cuando llegó la plenitud de los tiempos –escribe– Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, para hacernos hijos adoptivos.* Nosotros que ya habíamos sido concebidos como hijos

adoptivos del Padre en la eternidad (cf. Ef. 1, 4-5), ahora somos concebidos como hijos también de una madre y también en el tiempo. Por lo tanto, no hay nada de arbitrario e imaginario en nuestras reflexiones; estamos en el terreno sólido de la palabra de Dios.

De modo que fuimos concebidos –la Iglesia fue concebida– por María. Pero no nos basta; sabemos, sin embargo, que se puede concebir una vida sin saberlo, sin quererlo, “por error”, como se dice a veces con una terrible crueldad que hace sufrir a tantos hijos. ¡No a María! San Agustín nos ha dicho que María “colaboró con la caridad en el nacimiento de los fieles de la Iglesia”, o sea que nos concibió con el amor y en el amor; nos aceptó, nos quiso. Cómo, no sabemos, pero hay tantas otras cosas en el Evangelio de las que ignoramos el cómo. ¿Cómo concibió María a Jesús? ¡En el Espíritu Santo! ¿Cómo nos concibió a nosotros? ¡En el Espíritu Santo! El Espíritu Santo puede haberle revelado, directamente, el sentido de ciertas palabras del Antiguo Testamento y después las de Simeón, palabras que presentaban al Mesías en una solidaridad misteriosa y dramática con los que quedaban, más bien con un pueblo.

Somos por lo tanto hijos de la caridad de María. Cuando ella decía: *Todas las generaciones me llamarán feliz*, tal vez pensaba en aquellas palabras de la Biblia: *Sus hijos se levantan y la felicitan* (Prov. 31,28). Sí, nosotros nos levantamos para proclamar feliz a María nuestra madre, porque fue para nosotros “la mujer fuerte” y no se asustó ante la idea de tantos hijos, de una descendencia tan ilimitada y difícil como somos nosotros.

Un primer gracias a María lo decimos ya aquí: Gracias por que nos concebiste por amor y con amor; nos sentimos de verdad plenamente hijos tuyos, te sentimos verdaderamente madre; contigo, no estamos en la triste y humillante situación de los hijos no queridos, sino en la de hijos bienamados; gracias por tu sí a Dios con el cual empezó nuestra salvación.

Segunda etapa de la maternidad de María. Después de concebirnos y de “darse cuenta” de nuestra presencia en ella (gracias a su crecimiento en la comprensión del plano de Dios a lo largo de todo el Evangelio), María nos parió en el dolor, bajo la Cruz. Allí salimos a la luz, simbolizados en la sangre y el agua que brotaron del costado de Cristo; nació la Iglesia como nueva Eva salida del costado del nuevo Adán en el sueño de su muerte. ¡Mujer, aquí tienes a tu hijo! (Jn. 19,26): como cuando a una madre que todavía está desgarrada por los dolores del parto le ponen en brazos al niño apenas nacido que fue la causa de su sufrimiento y la alegría se mezcla en ella con el dolor y se confunden entre sí y ella sufre y no sufre más –así le ocurrió a María: ¡Mujer, mira a tu nuevo hijo! Ahora, también para ti “todo está cumplido”. Casi enseguida, aparece el anuncio pascual: “Reina del cielo alégrate, aleluya, porque el que has llevado en tu vientre, aleluya, resucitó, aleluya, como había prometido, aleluya”. No debes entristecerte si los “otros” hijos te costaron la muerte del primogénito: ¡él resucitó! Ya no hay nada por qué llorar, sino regocijarse: la vida triunfó. Mientras Jesús resucita de la tumba, sus hermanos menores renacen a una nueva vida (cf. Rom. 6,4); él puede llamarse justamente con un título nuevo: el “primogénito de los que resucitan de entre los muertos” (Col. 1,18), el “primogénito entre muchos hermanos” (Rom. 8,29). Y es lo que hace enviando sus mensajeros a los discípulos: *Avisen a mis hermanos...* (Mt. 28,10). María nos recibió como hijos, Jesús resucitado nos recibe como hermanos. Hermanos son aquellos que tienen en común el padre y la madre y nosotros y Jesús tenemos ahora en común, misteriosamente, ¡el Padre y la Madre!

Dije: María nos trajo a la luz bajo la cruz. Pero, ¿no es Jesús el único autor de nuestro renacimiento espiritual? Más bien, ¿no es el Padre el que nos “regeneró para una esperanza viva mediante la resurrección de Jesús”? Ciertamente, renacimos de Cristo, nacemos a una nueva vida mediante la fe y el Espíritu Santo, somos generados en el Bautismo: todas estas cosas son ciertas en su sentido, pero es cierto también que nacimos de María. El Concilio Vaticano II precisó en qué

sentido: “Al concebir a Cristo, engendrarlo, nutrirlo, al sufrir con el Hijo moribundo en la cruz, cooperó de un modo totalmente especial con la obra del Salvador, a través de la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, para restablecer la vida sobrenatural de las almas. Por eso fue para nosotros madre en el orden de la gracia” (LG 61). María nos engendró no sola, en forma autónoma, sino dependiendo de Jesús; es Dios quien le concedió este privilegio de ser su colaboradora engendrando a los hombres en la vida divina. Todas las cosas que tienen que ver con nuestra vida espiritual nacen de dos fuerzas y de dos voluntades que se encuentran: la de Dios y la del hombre. Dios nos creó solo, pero, una vez que existimos con nuestra libertad, no hace nada sin ella. La fe, que es el comienzo de todo renacimiento, ¿dónde se origina? En la palabra de Dios y la escucha del hombre; nace de dos cosas aparentemente opuestas: ¡de la palabra y el silencio! Ahora bien, en la historia de la salvación, María “personifica” justamente esta parte de la creatura, hecha de escucha, de silencio, de disponibilidad, de vacío de sí misma, de receptividad, de agradecimiento. Era conveniente que fuera una mujer la que personificara todo esto, porque la mujer es entre nosotros la manifestación viva de este conjunto de cosas: es, incluso en su cuerpo, una estructura de recepción. (Sería erróneo llamar a todo eso pasividad, a menos que por pasividad se entiende, como sugiere santo Tomás, el modo más difícil y más sublime de ser activos).

María colaboró, entonces, en nuestro renacimiento espiritual. No disminuye a Dios sino que lo exalta, reconocer su generosidad y condescendencia al llamar a una creatura para colaborar con él; lo mismo hace en el orden de la vida física; lo mismo hace sobre todo en la Iglesia. Para comprender el papel de María, es necesario mirar a la Iglesia y viceversa; las dos realidades están entre sí en una relación misteriosa e indecible: María es Madre de la Iglesia, pero también es su hija; de ella se dice personalmente lo que se dice universalmente de la Iglesia: “Oh, misterio maravilloso: uno es el Padre de todos, una es la Palabra de todos, uno también el Espíritu Santo e idéntico por doquier; una sola es la Virgen Madre: me gusta ver en ella a la Iglesia; ella es Virgen y a la vez Madre y, llamando a sus hijos, los nutre con leche, o sea con la palabra apta para nutrir a los niños” (Clemente Al., *Ped* 1,6). El misterio de María ilumina el de la Iglesia y el misterio de la Iglesia el de María; los Padres vieron representar juntas, en la mujer del Apocalipsis, a María y a la Iglesia, una y otra “Virgen y Madre” porque paren virginalmente a Cristo y sus miembros (cf san Agustín, *De symb.* 4,1).

Un segundo gracias para María, quizás el más conmovido, lo pronunciamos entonces aquí: gracias María por lo que padeciste por nosotros; gracias por habernos parido en el dolor y el amor, como cualquier madre pero más que cualquier madre.

Tercera etapa de la maternidad de Marta. En Pentecostés, María nos hizo bautizar. Diría casi que, después de haber hecho de madre de la Iglesia bajo la cruz, ahora María le sale de “madrina”. Partamos del texto de los Hechos de los Apóstoles que da a nuestra meditación un fundamento seguro en la Escritura: *Cuando llegaron a la ciudad, subieron a la sala donde solían reunirse... Todos (los once Apóstoles) íntimamente unidos, se dedicaban a la oración, en compañía de algunas mujeres, de María, la madre de Jesús y de sus hermanos* (Hech. 1,13-14). Los apóstoles están reunidos en el Cenáculo, todavía un poco trastornados e inseguros respecto de lo que deben hacer; María, como una madre, los reúne; ellos están “en torno de María”; ella los prepara para ese bautismo de Espíritu Santo que había recibido ya en el momento de la Encarnación en Nazaret; ya hay una gran familiaridad entre María y el Espíritu Santo: su alma está inundada de él, no tiene miedo de lo que está por suceder. Está segura, como corresponde a una madrina bien experta, con la criaturita en brazos. Este es el verdadero momento del bautismo de la Iglesia, bautismo no de agua, sino de fuego; aquí recibe el nombre, o sea que pasa a ser “Iglesia” y es presentada al mundo. De hecho, ese día había en Jerusalén “hombres venidos de todas las naciones del mundo”, cuando Pedro salió a explicar lo que había sucedido (cf. Hech., 2, 5 ssq.).

¿Cuál fue, exactamente, el papel de María en ese momento? Resulta difícil para nosotros los hombres, porque es un papel secreto, como todos los papeles de María. Podemos, no obstante, decir con seguridad que la presencia de María entre los Once no era un hecho accidental; al poner de relieve esa presencia en el momento en que desciende el Espíritu Santo sobre la Iglesia, Lucas piensa casi ciertamente en el Espíritu Santo que desciende sobre María en la Encarnación. Fue su presencia amorosa, su alma preparada como un nido, lo que atrajo a la Paloma mística que es el Espíritu Santo, pese a ser cierto que la acción principal es siempre la de Jesús que envía su Don a la Iglesia. Había en la tierra por lo menos un holocausto puro y santificado, listo para recibir el fuego de lo alto y sobre él descendió la llama, como en tiempos de Elías.

La presencia de María entre los Once del Cenáculo, en el momento del nacimiento de la Iglesia tiene un significado profundo, determina una cualidad permanente de la Iglesia. Todos los poderes –sacerdotales, jurídicos, pastorales– son de esos Once, o sea, de los Apóstoles; sobre ellos “se funda” la Iglesia (cf. *Ef.* 2,20); Pedro es la piedra que debe regir a los demás; todos son las “columnas” que unirán y elegirán; de ellos descienden idealmente los que serán, posteriormente, pastores y doctores en la Iglesia.

María está allí sin ningún poder; los otros –los hombres– irán por el mundo a predicar, a fundar iglesias; María desaparece en el silencio más total. Su presencia dice que el alma de la vida apostólica y de la Iglesia *no* consiste tanto en regir, hablar, ir hasta los confines del mundo, tener todos los poderes y hacer milagros, sino en estar al servicio, disponible, en ser “según el Evangelio” de Jesús. Y según el Evangelio de Jesús, lo más grande no es estar “a la cabeza” sino estar “al servicio”, *no* es “hacer” para Dios, sino “dejarse hacer” por Dios. Es un poco el papel del corazón en el cuerpo humano. Santa Teresa del Niño Jesús pasó un día revista a todos los cargos de la iglesia: apóstol, confesor, doctor, misionero...; ninguno la satisfacía por sí solo; le habría gustado tener todos; luego descubrió una cosa: la Iglesia tiene también un corazón que da vida y mueve a todo el resto; ¡ella sería ese corazón! Es la misión más verdadera de María y de los que se le asemejan.

En la Iglesia de todos los tiempos esta función evangélica es personificada de una manera especial por la virgen cristiana, por el alma consagrada y, en líneas más generales, por la mujer. Aparentemente, la mujer siempre fue en la Iglesia una marginada (hubo, sin duda, una Catalina de Siena, ¡pero es la excepción que confirma la regla!). Los hombres siempre decidieron también por ellas en la Iglesia; ellas vivieron silenciosas en oración o al servicio de los pobres o enfermos. Hay actualmente un movimiento justísimo para reivindicar a la mujer en un papel más activo dentro de la Iglesia; debemos saludarlo con confianza: la presencia femenina puede suavizar la vida y las acciones de los “hombres de la Iglesia”; la mujer puede y debe mostrar el rostro materno de Dios, ya que Dios es también madre, como dice Isaías. Ella puede convertir “la casa de Dios” en una “familia de Dios”, recurriendo a los valores –de dulzura, unidad, sentimiento– y quitando cierto intelectualismo rígido que aparece fácilmente en una sociedad demasiado dominada por ‘el elemento masculino.

Pero no debería perderse, en esta transformación social, ese valor esencial que personificaba María en medio de los apóstoles en el Cenáculo, ese llamado a la interioridad vital de la Iglesia, a la primacía del amor, al “porro unum” del Evangelio que María fue la primera en comprender bien y eligió para ella. En el reciente documento sobre el sacerdocio de las mujeres leemos esta afirmación: “Los más grandes en el Reino de los Cielos no son los ministros, sino los ‘santos’; el ministerio –incluido el sacerdotal– *no crea* escalas, graduaciones u órdenes de grandeza; ¡lo único que marca diferencias es la santidad!

Unámonos, entonces, en el momento de decir a María el tercer gracias: Gracias porque fuiste para nosotros la madrina fuerte y dulce que nos llevó a bautizar en el Cenáculo; gracias porque estás junto a nosotros en esta espera que vivimos de un nuevo y poderoso Pentecostés para la Iglesia. Gracias por todo lo que harás por nosotros en este año nuevo de gracia que queremos comenzar hoy contigo.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Misa de la solemnidad de la Madre de Dios (1-I-1988)

– La familia humana de los hijos de Dios

“Cuando se cumplió el tiempo” (Gal 4,4).

Saludamos a esta nueva fase del tiempo humano, fijando la mirada en el misterio que indica la plenitud del tiempo.

Este misterio lo anunció el Apóstol en la Carta a los Gálatas, con las palabras siguientes: “Cuando se cumplió el tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de una mujer” (Gal 4,4).

La plenitud del tiempo.

El tiempo humano del calendario no tiene una plenitud propia. Significa sólo el hecho de pasar. Sólo Dios es plenitud, plenitud también del tiempo humano. Esta se realiza en el momento en que Dios entra en el tiempo del pasar terreno.

¡Año Nuevo: Te saludamos a la luz del misterio del nacimiento divino! Este misterio hace que tú, tiempo humano, al pasar, seas partícipe de lo que no pasa. De lo que tiene por medida la eternidad.

El Apóstol ha manifestado todo eso en su Carta de una forma quizá más sintética y penetrante.

“Envío Dios a su Hijo..., para que recibiéramos el ser hijos por adopción” (Gal 4,4-5). Ésta es la primera dimensión del misterio, que indica la plenitud del tiempo. Y después está la segunda dimensión, unida orgánicamente a la primera: “Como sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá (Padre)” (Gal 4,6).

Precisamente este “Abbá, Padre”, este grito del Hijo, que es consustancial al Padre, esta invocación dictada por el Espíritu Santo a los corazones de los hijos y de las hijas de esta tierra, es signo de la plenitud del tiempo.

El reino de Dios se manifiesta ya en este grito, en esta palabra “Abbá, Padre”, pronunciada desde la profundo del corazón humano en virtud del Espíritu de Cristo.

Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: “Abbá, Padre”. Los que puedan hablar así –los que tengan el mismo Padre– ¿acaso no son una sola familia?

El Creador nos ha levantado desde el “polvo de la tierra” hasta hacernos “a su imagen y semejanza”. Y permanece fiel a este “soplo” que marcó el “comienzo” del hombre en el cosmos.

Y cuando, en virtud del Espíritu de Cristo, clamamos a Dios “Abbá, Padre”, entonces, en ese grito, en el umbral del año nuevo, la Iglesia expresa por medio de nosotros también el deseo de la paz en la tierra. Ella reza así:

“El Señor se fija en ti –familia humana de todos los continentes– y te conceda la paz” (cfr. Núm 6,26).

– Maternidad de María

“Envío Dios a su Hijo, nacido de una mujer”. Desde el comienzo de la historia terrena del hombre, camina la mujer por la tierra. Su primer nombre es Eva, madre de los vivientes. Su segundo nombre queda unido a la promesa del Mesías en el Protoevangelio.

El segundo nombre, el de la Mujer eterna, atraviesa los caminos de la historia espiritual del hombre y es revelado solamente en la plenitud del tiempo. El nombre es “Myriam”, María de Nazaret. Desposada con un hombre cuyo nombre era José, de la casa de David. María, ¡Esposa mística del Espíritu Santo!

En efecto, su maternidad no proviene “ni de amor carnal ni de amor humano” (cfr Jn 1,13) sino del Espíritu Santo.

La maternidad de María es la Maternidad divina, que celebramos durante toda la octava de Navidad, pero de modo particular hoy, día 1 de enero.

Vemos esta maternidad de María a través del “Niño acostado en el pesebre” (Lc 2,16), en Belén, durante la visita de los pastores: los primeros que fueron llamados a acercarse al misterio que marca la plenitud del tiempo.

El Niño de pecho que está acostado en el pesebre había de recibir el nombre de “Jesús”. Con este nombre lo llamó el Ángel en la Anunciación “antes de su concepción” (Lc 2,21). Y con este nombre es llamado hoy, el octavo día después del nacimiento, el día prescrito por la ley de Israel.

Pues el Hijo de Dios “ha nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley”. Así escribe el Apóstol (cfr Gal 4,4-5).

Esa sumisión a la ley –herencia de la Antigua Alianza– debía abrir el camino a la Redención por medio de la sangre de Cristo, abrir el camino a la herencia de la Nueva Alianza.

María está en el centro de estos acontecimientos. Permanece en el corazón del misterio divino. Unida más de cerca a esa plenitud del tiempo, que se une a su maternidad. Ella permanece al mismo tiempo como el signo de todo lo que es humano.

¿Quién es signo de lo humano más que la mujer? En ella es concebido, y por ella viene al mundo el hombre. Ella, la mujer, en todas las generaciones humanas lleva en sí la memoria de cada hombre. Porque cada uno ha pasado por su seno materno.

Sí. La mujer es la memoria del mundo humano. Del tiempo humano, que es tiempo de nacer y de morir. El tiempo del pasar.

Y María también es memoria. Escribe el Evangelista: “Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón” (Lc 2,19).

Ella es la memoria originaria de esos problemas, que vive la familia humana en la plenitud de los tiempos. Ella es la memoria de la Iglesia. Y la Iglesia asume por Ella las primicias de lo que incesantemente conserva en su memoria... y hace presente.

La Iglesia aprende de la Madre de Dios la memoria “de las grandes obras de Dios” hechas en la historia del hombre. Sí. La Iglesia aprende de María a ser Madre: “Mater Ecclesiae!”.

Ahora el día de su Maternidad, nos dirigimos a Ella, a la Madre de Dios, para que “conservé y medite en su corazón” “todos los problemas” de estos pueblos.

– Filiación divina, base de la humanidad

Dios mandó a su Hijo “nacido de mujer”. Mediante el nacimiento de Dios en la tierra participamos en la plenitud del tiempo.

Y esta plenitud la lleva a cabo en nuestros corazones el Espíritu del Hijo, que confirma en nosotros la certeza de la adopción como hijos. Y así, desde la profundidad de esta certeza desde la profundidad de la humanidad renovada con la “deificación”, como proclama y profesa la rica tradición de la Iglesia Oriental, desde esta profundidad clamamos, bajo el ejemplo de Cristo: “Abbá, Padre”. Y al clamar así, cada uno de nosotros se da cuenta de que “ya no es esclavo sino hijo”.

“Y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios” (Gal 4,7).

¿Sabes tú, familia humana, lo sabes, hombre de todos los países y continentes, de todas las lenguas naciones y razas..., sabes tú de esta herencia?

¿Sabes que está en la base de la humanidad?

¿Y de la herencia de la libertad filial?

¡Cristo Jesús! ¡Hijo del Eterno Padre, Hijo de la Mujer, Hijo de María, no nos dejes a merced de nuestra debilidad y de nuestra soberbia!

¡Plenitud encarnada! ¡Permanece en el hombre, en cada una de las fases de su tiempo terreno!
¡Sé Tú nuestro Pastor! ¡Sé nuestra paz!

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

“Envío Dios a su Hijo, nacido de mujer” (2 lect). Todo hombre tiene una madre que lo ha concebido en su seno. Pero el Altísimo al dar la persona divina de su Hijo para ser envuelta en el seno de una mujer y ésta le permitiera hacerse hombre, eleva esa maternidad a una dignidad casi infinita. María alumbró al hijo más perfecto que pudiera nacer. La maternidad divina de María nos lleva al corazón del misterio cristiano. Como se declaró en el 2º C. de Constantinopla, no es que un ser humano naciera de María y, luego, descendiera el Verbo a tal hombre, sino que fue del seno de María de donde nació el Verbo hecho hombre. Desde entonces los Padres de la Iglesia declararon solemnemente lo que en la Sagrada Escritura y en la Tradición se enseñaba: María es *Theotókos*.

El título de Madre de Dios lo encontramos en esa oración que se remonta al año 300 y que todavía hoy rezamos: “Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios, no desoigas nuestras súplicas... Es el privilegio más alto concedido a un ser humano por ser madre de una criatura prodigiosa: Cristo, creador de una humanidad nueva.

María es aquella Mujer prometida en el paraíso; la Mujer de las bodas de Caná; la Mujer del Calvario; la Mujer del Apocalipsis; la que reúne en torno suyo a sus hijos para orar, preparando así la venida del Espíritu Santo. Ella ha introducido lo humano en el Reino de los Cielos el día de la Ascensión de su Hijo. Ella misma fue llevada en cuerpo y alma a los cielos con gran alegría de los ángeles.

Hagamos nuestras estas palabras de Juan Pablo II: ¡Salve, María! Pronuncio con inmenso amor y reverencia estas palabras, tan sencillas y a la vez tan maravillosas. Nadie podrá saludarte nunca de un modo mejor que como lo hizo un día el Arcángel en el momento de la Anunciación...son

las palabras con las que Dios mismo, a través de un mensajero, te ha saludado a Ti, la Mujer prometida en el Edén, y desde la eternidad elegida como Madre del Verbo”.

Es una gran cosa que el año comience con esta Solemnidad que nos habla del comienzo, gracias a María, de una vida nueva en Jesucristo. Toda una invitación a vivir con una fe y un amor nuevo, más vibrante, el año que hoy estrenamos.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

«¡Salve, Santa Madre de Dios, que diste a luz al Rey que dirige los destinos del cielo y de la tierra!»

I. LA PALABRA DE DIOS

Nm 6,22-27: «Invocarán mi nombre sobre los israelitas y yo les bendeciré»

Sal 66,2-3.5.6.8: «El Señor tenga piedad y nos bendiga»

Ga 4,4-7: «Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer»

Lc 2,16-21: «Encontraron a María y a José y al Niño. Al cumplirse los ocho días le pusieron por nombre Jesús»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La plenitud de los tiempos no es un momento de madurez de la humanidad. La plenitud es obra de Dios. Pablo mira desde atrás, con la vista puesta en el único autor del futuro del hombre: Dios. «Sólo con ojos de redimido puede llamar plenitud de los tiempos» al momento de la Encarnación. El proyecto de Dios tiene un objetivo primordial: la liberación del hombre. Dios, fiel a sí mismo, hace al hombre libre. La primera es su Madre Santísima, primera entre los salvados y única en la obra de Dios.

Tal como lo había anunciado el ángel, al octavo día se impuso al niño el nombre de Jesús: «Dios ayuda», «Dios salva». La mentalidad bíblica destaca que el nombre lleva consigo una misión: «él salvará al pueblo de los pecados», y quién puede darla.

III. SITUACIÓN HUMANA

El hombre tiene ante sí el formidable reto de la historia. Se le da desde ella la ocasión de hacerla de manera que repercuta en beneficio propio y de los demás, de poner en juego multitud de iniciativas. Quien se desentienda de ella es en cierto modo desleal a su propia vocación humana.

Los cristianos sabemos que es precisamente en esta historia en la que Cristo irrumpe, para que nada fuera ya igual.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– María, escogida para ser Madre del Hijo de Dios: “«Dios envió a su Hijo» (Ga 4,4), pero para «formarle un cuerpo» (cf. Hb 10,5) quiso la libre cooperación de una criatura. Para eso desde toda la eternidad, Dios escogió para ser la Madre de su Hijo, a una hija de Israel, una joven judía de Nazaret en Galilea, a «una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María»” (488).

– María, Madre de Dios: 495.

- Jesús, «Dios salva»: 430. 432.
- El nombre de Dios, presente en la Persona del Hijo: 432.

La respuesta

– El culto a la Santísima Virgen: “«Todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1, 48): «La piedad de la Iglesia hacia la Santísima Virgen es un elemento intrínseco del culto cristiano». La Santísima Virgen es «honrada con razón por la Iglesia con un culto especial. Y, en efecto, desde los tiempos más antiguos, se venera a la Santísima Virgen con el título de «Madre de Dios», bajo cuya protección se acogen los fieles suplicantes en todos sus peligros y necesidades...” (971; cf 1172).

El testimonio cristiano

– «Más bienaventurada es María al recibir a Cristo por la fe que al concebir en su seno la carne de Cristo» (San Agustín, *virg.*,3).

– «Celebramos hoy el octavo día del nacimiento del Salvador. Y veneramos tus maravillas, Señor, pues la que ha dado a luz es Madre y Virgen, y el que ha nacido es Niño y Dios. Con razón ha hablado el cielo, y los ángeles han anunciado su gozo; los pastores se alegraron, los magos fueron conducidos al pesebre; los reyes temblaron y coronaron con glorioso martirio a los inocentes» (San Agustín, 21 Sermón de Navidad).

Si Dios ha escogido a María como camino para encontrarse con la humanidad, la humanidad salvada por Cristo encontrará en la Virgen el camino para el encuentro con Dios.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Santa María, Madre de Dios.

– **Dios escogió a su Madre y la colmó de todos los dones y gracias.**

I. Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer...¹, leemos en la Segunda lectura de la Misa.

Hace muy pocos días meditábamos su nacimiento lleno de sencillez en una cueva de Belén. Lo vimos pequeño, como un niño indefenso, en manos de su Madre que nos lo presentaba para que, llenos de confianza y piedad, lo adoráramos como a nuestro Redentor y Señor. Dios había tenido en cuenta todas las circunstancias que rodearon su nacimiento: el edicto de César Augusto, el empadronamiento, la pobreza de Belén... Pero, sobre todo, había previsto la Madre que lo traería al mundo. Esta Mujer, mencionada en diversas ocasiones en la Sagrada Escritura, había sido predestinada desde toda la eternidad. Ninguna otra obra de la creación cuidó Dios con más esmero, con más amor y sabiduría que aquella que, con su consentimiento libre, sería su Madre.

Nuestra Señora fue anunciada ya en los comienzos como triunfadora de la serpiente, que simboliza la entrada del mal en el mundo², como la Virgen que dará a luz al Emmanuel, al *Dios con nosotros*³; y estuvo prefigurada en el arca de la alianza, en la casa de oro, por la torre de marfil... La escogió Dios entre todas las mujeres antes de los siglos, la amó más que a la totalidad de las

¹ Gal 4, 4.

² Gen 3, 15.

³ Is 7, 14.

criaturas, con un amor tal que puso en Ella, de un modo único, todas sus complacencias, la colmó de todas las gracias y dones, más que a los ángeles y los santos, la preservó de toda mancha de pecado o de imperfección, de tal manera que no se puede concebir una criatura más bella y más santa que quien había sido escogida para Madre del Salvador⁴. Con razón han dicho los teólogos y los santos que Dios puede hacer un mundo mayor, pero no una madre más perfecta que su Madre⁵. Y comenta San Bernardo: “¿Por qué hemos de asombrarnos si Dios, a quien contemplamos obrando maravillas en la Escritura y entre sus santos, quiso mostrarse aún más maravilloso con su Madre?”⁶.

La maternidad divina de María –enseña Santo Tomás de Aquino⁷– sobrepasa todas las gracias o carismas, como el don de profecía, el don de lenguas, de hacer milagros... *Dios Omnipotente, Todopoderoso, Sapientísimo, tenía que escoger a su Madre.*

¿Tú, qué habrías hecho, si hubieras tenido que escogerla? Pienso que tú y yo habríamos escogido la que tenemos, llenándola de todas las gracias. Eso hizo Dios. Por tanto, después de la Santísima Trinidad, está María.

– Los teólogos establecen un razonamiento lógico de ese cúmulo de gracias, de ese no poder estar sujeta a satanás: convenía, Dios lo podía hacer, luego lo hizo. Es la gran prueba. La prueba más clara de que Dios rodeó a su Madre de todos los privilegios, desde el primer instante. Y así es: hermosa, y pura, y limpia en alma y cuerpo!⁸

Al mirar hoy a Nuestra Señora, Madre de Dios, que nos ofrece a su Hijo en brazos, hemos de dar gracias al Señor, pues “una de las grandes mercedes que Dios nos hizo además de habernos criado y redimido fue querer tener Madre, porque tomándola Él por suya nos la daba por nuestra”⁹.

– María y la Santísima Trinidad.

II. Enseña Santo Tomás de Aquino que María “es la única que junto a Dios Padre puede decir al Hijo divino: Tú eres mi Hijo”¹⁰. Nuestra Señora –escribe San Bernardo– “llama Hijo suyo al de Dios y Señor de los ángeles cuando con toda naturalidad le pregunta: *Hijo, ¿por qué te has portado así con nosotros?*”¹¹ ¿Qué ángel pudo tener el atrevimiento de decírselo (...)? Pero María, consciente de que es su Madre, llama familiarmente Hijo suyo a esa misma soberana majestad ante la que se postran los ángeles. Y Dios no se ofende porque le llamen lo que Él quiso ser”¹². Es verdaderamente el Hijo de María.

En Cristo se distingue la generación eterna (su condición divina, la preexistencia del Verbo) de su nacimiento temporal. En cuanto Dios, es engendrado, no hecho, misteriosamente por el Padre ab aeterno, desde siempre; en cuanto hombre, nació, fue hecho, de Santa María Virgen. Cuando llegó la plenitud de los tiempos el Hijo Unigénito de Dios, la Segunda Persona de la Trinidad Beatísima, asumió la naturaleza humana, es decir, el alma racional y el cuerpo formado en el seno purísimo de María. La naturaleza humana (alma y cuerpo) y la divina se unieron en la única Persona del Verbo. Desde aquel momento, Nuestra Señora, cuando dio su consentimiento a los requerimientos de Dios,

⁴ Cfr. PIO IX, Bula *Ineffabilis Deus*, 8-XII-1854.

⁵ Cfr. SAN BUENAVENTURA, *Speculum*, en *Obras completas*, BAC, Madrid 1946, 8.

⁶ SAN BERNARDO, *Homilías en alabanza de la Virgen Madre*, II, 9.

⁷ Cfr. SANTO TOMAS, *Suma Teológica*, 1-2, q. 3, a. 5.

⁸ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, Rialp, 2ª ed., Madrid 1987, n. 482.

⁹ BEATO ALONSO DE OROZCO, *Tratado de las siete palabras de María Santísima*, Rialp, Madrid 1966, p. 61.

¹⁰ SANTO TOMAS, o.c., 3, q. 30, a. 1.

¹¹ Lc 2, 48.

¹² SAN BERNARDO, o.c., I, 7.

se convirtió en Madre del Hijo de Dios encarnado, pues “así como todas las madres, en cuyo seno se engendra nuestro cuerpo, pero no el alma racional, se llaman y son verdaderamente madres, así también María, por la unidad de la Persona de su Hijo, es verdaderamente Madre de Dios”¹³.

En el Cielo, los ángeles y los santos contemplan con asombro el altísimo grado de gloria de María y conocen bien que esta dignidad le viene de que fue y sigue siendo para siempre la Madre de Dios, *Mater Creatoris, Mater Salvatoris*¹⁴. Por eso, en las letanías, el primer título de gloria que se da a Nuestra Señora es el de *Sancta Dei Genitrix*, y los títulos que le siguen son los que convienen a la maternidad de Dios: Santa Virgen de las vírgenes, Madre de la divina gracia, Madre purísima, Madre castísima...

Por ser María verdadera Madre del Hijo de Dios hecho hombre, se sitúa en una estrechísima relación con la Santísima Trinidad. Es la Hija del Padre, como la llamaron los Padres de la Iglesia y el Magisterio antiguo y reciente¹⁵. Con el Hijo, la Santísima Virgen tiene una estricta vinculación de consanguinidad, “por la que adquiere poder y dominio natural sobre Jesús... Y Jesús contrae con María los deberes de justicia que tienen los hijos para con sus padres”¹⁶. Con relación al Espíritu Santo, María es, según el pensamiento de los Padres, Templo y Sagrario, expresión que recoge también el Papa Juan Pablo II en su Magisterio¹⁷. Ella es “la obra maestra de la Trinidad”¹⁸.

Esta obra maestra no es algo accidental en la vida del cristiano. “Ni siquiera es una persona adornada por Dios con tantos dones para que nos quedemos admirándola. Esta obra maestra de la Trinidad es Madre de Dios Redentor y, por ello, también Madre mía, de este pobre ser humano que soy yo, que es cada uno de los mortales”¹⁹. ¡Madre mía!, le hemos dicho tantas veces.

Hoy dirigimos el pensamiento a Ella llenos de alegría y de alabanza..., y de un santo orgullo. *¡Cómo gusta a los hombres que les recuerden su parentesco con personajes de la literatura, de la política, de la milicia, de la Iglesia!...*

– *Canta ante la Virgen Inmaculada, recordándole:*

*Dios te salve, María, hija de Dios Padre: Dios te salve, María, Madre de Dios Hijo: Dios te salve, María, Esposa de Dios Espíritu Santo... ¡Más que tú, sólo Dios!*²⁰

– **Nuestra Madre.**

III. *Salve, Mater misericordiae, // Mater spei et Mater veniae...* Salve, Madre de misericordia, // Madre de la esperanza y del perdón, // Madre de Dios y de la gracia, // Madre rebosante de la santa alegría²¹, le decimos hoy a Nuestra Madre del Cielo con un antiguo himno.

Con su desvelo de Madre, Nuestra Señora sigue prestando a su Hijo los cuidados que le ofreció aquí en la tierra. Ahora lo hace con nosotros, pues somos miembros del Cuerpo Místico de Cristo: ve a Jesús en cada cristiano, en todo hombre. Y como Corredentora, siente la urgencia de incorporarnos definitivamente a la vida divina. Ella será siempre la gran ayuda para vencer dificultades y tentaciones y la gran aliada en el apostolado que, como cristianos en medio del mundo,

¹³ PIO XI, Enc. *Lux veritatis*, 25-XII-1931.

¹⁴ Cfr. R. GARRIGOU-LAGRANGE, *La Madre del Salvador*, Rialp, Madrid 1976, p. 43.

¹⁵ Cfr. CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 53.

¹⁶ E. HUGON, *Marie, pleine de grâce*, cit. por R. GARRIGOU-LAGRANGE, o.c., p. 40.

¹⁷ JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris Mater*, 25-III-1987, 9.

¹⁸ M. M. PHILIPON, *Los dones del Espíritu Santo*, Palabra, 3ª ed., Madrid 1989, p. 382.

¹⁹ J. POLO CARRASCO, *María y la Santísima Trinidad*, Madrid 1987, p. 56.

²⁰ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Camino*, Rialp, 30ª ed., Madrid 1976, n. 496.

²¹ LITURGIA DE LAS HORAS, *Himno en el Oficio de lectura*, en la Presentación de la Santísima Virgen María.

hemos de llevar a cabo en el lugar donde nos encontramos: *Invoca a la Santísima Virgen; no dejes de pedirle que se muestre siempre Madre tuya: monstra te esse Matrem!*, y que te alcance, con la gracia de su Hijo, claridad de buena doctrina en la inteligencia, y amor y pureza en el corazón, con el fin de que sepas ir a Dios y llevarle muchas almas²². Esta jaculatoria – *monstra te esse Matrem!*–, tomada de la liturgia²³, nos puede servir para estar unidos a Ella especialmente en este día: ¡Madre mía!, ¡muestra que eres Madre!... en esta necesidad y en aquella otra..., con este amigo...que tarda en acercarse a tu Hijo...

Al comenzar un nuevo año, aprovechemos para hacer el propósito firme de recorrerlo día a día de la mano de la Virgen. Nunca iremos más seguros. Hagamos como el Apóstol San Juan, cuando Jesús le dio a María, en nombre de todos, como Madre suya: *Desde aquel momento* –escribe el Evangelista– *el discípulo la recibió en su casa*²⁴. ¡Con qué amor, con qué delicadeza la trataría! Así hemos de hacerlo nosotros en cada jornada de este nuevo año y siempre.

Madre de Dios y Madre nuestra

– Santa María, Madre de Dios.

I. Hemos contemplado muchas veces a María con el Niño en sus brazos, pues la piedad cristiana ha plasmado de mil formas diferentes la festividad que hoy celebramos: la Maternidad de María, el hecho central que ilumina toda la vida de la Virgen y fundamento de los otros privilegios con que Dios quiso adornarla. Hoy alabamos y damos gracias a Dios Padre porque María concibió a su Único Hijo *por obra y gracia del Espíritu Santo, y, sin perder la gloria de su virginidad, derramó sobre el mundo la luz eterna, Jesucristo nuestro Señor*²⁵. Y a Ella le cantamos en nuestro corazón: *Salve, Madre santa, Virgen, Madre del Rey*²⁶, pues realmente *la Madre ha dado a luz al Rey, cuyo nombre es eterno; la que lo ha engendrado tiene al mismo tiempo el gozo de la maternidad y la gloria de la virginidad*²⁷.

Santa María es la Señora, llena de gracia y de virtudes, concebida sin pecado, que es Madre de Dios y Madre nuestra, y está en los cielos en cuerpo y alma. La Sagrada Escritura nos habla de Ella como la más excelsa de todas las criaturas, la bendita, la más alabada entre las mujeres, la *llena de gracia*²⁸, la que *todas las generaciones llamarán bienaventurada*²⁹. La Iglesia nos enseña que María ocupa, después de Cristo, el lugar más alto y el más cercano a nosotros, en razón de su maternidad divina. Ella, “por la gracia de Dios, después de su Hijo, fue exaltada sobre todos los ángeles y los hombres”³⁰. *Por ti, Virgen María, han llegado a su cumplimiento los oráculos de los profetas que anunciaron a Cristo: siendo Virgen, concebiste al Hijo de Dios y, permaneciendo virgen, lo engendraste*³¹.

²² SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Forja*, n. 986.

²³ Himno *Ave Maris Stella*.

²⁴ *Jn* 19, 27.

²⁵ MISAL ROMANO, *Prefacio de la Maternidad de la Virgen María*.

²⁶ *Antífona de entrada* de la Misa.

²⁷ *Antífona* 3 de Laudes.

²⁸ *Lc* 1, 28.

²⁹ *Lc* 1, 48.

³⁰ CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 63.

³¹ *Antífona Magnificat* del 27 de diciembre.

El Espíritu Santo nos enseña en la Primera lectura de la Misa de hoy que, *al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley...*³² Jesús no apareció de pronto en la tierra venido del cielo, sino que se hizo realmente hombre, como nosotros, tomando nuestra naturaleza humana en las entrañas purísimas de la Virgen María. Jesús, en cuanto Dios, es engendrado eternamente, no hecho, por Dios Padre desde toda la eternidad. En cuanto hombre, nació, “fue hecho”, de Santa María. “Me extraña en gran manera –dice por eso San Cirilo– que haya alguien que tenga alguna duda de si la Santísima Virgen ha de ser llamada Madre de Dios. Si nuestro Señor Jesucristo es Dios, ¿por qué razón la Santísima Virgen, que lo dio a luz, no ha de ser llamada Madre de Dios? Esta es la fe que nos transmitieron los discípulos del Señor, aunque no emplearan esta misma expresión. Así nos lo han enseñado también los Santos Padres”³³. Así lo definió el Concilio de Éfeso³⁴.

Todas las fiestas de Nuestra Señora son grandes, porque constituyen ocasiones que la Iglesia nos brinda para demostrar con hechos nuestro amor a Santa María, –comenta San Josemaría Escrivá–. Pero si tuviera que escoger una, entre esas festividades –añade–, prefiero la de hoy; la Maternidad divina de la Santísima Virgen [...].

*Cuando la Virgen respondió que sí, libremente, a aquellos designios que el Creador le revelaba, el Verbo divino asumió la naturaleza humana: el alma racional y el cuerpo formado en el seno purísimo de María. La naturaleza divina y la humana se unían en una única Persona: Jesucristo, verdadero Dios y, desde entonces, verdadero Hombre; Unigénito eterno del Padre y, a partir de aquel momento, como Hombre, hijo verdadero de María: por eso Nuestra Señora es Madre del Verbo encarnado, de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad que ha unido a sí para siempre –sin confusión– la naturaleza humana. Podemos decir bien alto a la Virgen Santa, como la mejor alabanza, esas palabras que expresan su más alta dignidad: Madre de Dios*³⁵.

A Nuestra Señora le será muy grato que en el día de hoy le repitamos, a modo de jaculatoria, las palabras del Avemaría: *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.*

– Madre nuestra. Ayudas que nos presta.

II. “Nuestra Madre Santísima” es un título que damos frecuentemente a la Virgen, y que nos es especialmente querido y consolador. Ella es verdaderamente Madre nuestra, porque nos engendra continuamente a la vida sobrenatural.

“Concibiendo a Cristo, engendrándolo, alimentándolo, presentándolo al Padre en el templo, padeciendo con su Hijo cuando moría en la cruz, cooperó en forma enteramente impar a la obra del Salvador con la obediencia, la fe, la esperanza y la ardiente caridad, con el fin de restaurar la vida sobrenatural de las almas. Por eso es nuestra Madre en el orden de la gracia”³⁶.

Esta maternidad de María “perdura sin cesar... hasta la consumación perpetua de todos los elegidos. Pues, asunta a los cielos, no ha dejado esta misión salvadora, sino que con su múltiple intercesión continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna. Con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligro y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada”³⁷.

³² Ga 4, 4.

³³ SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, *Carta 1*, 27 - 30.

³⁴ Dz - Sch, 252.

³⁵ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 274.

³⁶ CONC. VAT. II, Const. *Lumen gentium*, 61.

³⁷ *Ibidem*, 62.

Jesús nos dio a María como Madre nuestra en el momento en que, clavado en la cruz, dirige a su Madre estas palabras: *Mujer, he ahí a tu hijo. Después dice al discípulo: He ahí a tu madre*³⁸.

“Así, de un modo nuevo, ha legado su propia Madre al hombre: al hombre a quien ha transmitido el Evangelio. La ha legado a todo hombre... Desde aquel día toda la Iglesia la tiene como Madre. Y todos los hombres la tienen como Madre. Entienden como dirigidas a cada uno las palabras pronunciadas desde la Cruz”³⁹.

Jesús nos mira a cada uno: *He ahí a tu madre*, nos dice. Juan la acogió con cariño y cuidó de Ella con extremada delicadeza, *la introduce en su casa, en su vida. Los autores espirituales han visto en esas palabras, que relata el Santo Evangelio, una invitación dirigida a todos los cristianos para que pongamos también a María en nuestras vidas. En cierto sentido, resulta casi superflua esa aclaración. María quiere ciertamente que la invoquemos, que nos acerquemos a Ella con confianza, que apelemos a su maternidad, pidiéndole que se manifieste como nuestra Madre* (Monstra te esse Matrem. Himno litúrgico Ave maris stella)⁴⁰. Al darnos Cristo a su Madre por Madre nuestra, manifiesta el amor a los suyos hasta el fin⁴¹. Al aceptar la Virgen al Apóstol Juan como hijo suyo muestra Ella su amor de Madre con todos los hombres.

Ella ha influido de una manera decisiva en nuestra vida. Cada uno tiene su propia experiencia. Mirando hacia atrás vemos su intervención detrás de cada dificultad para sacarnos adelante, el empujón definitivo que nos hizo recomenzar de nuevo. “Cuando me pongo a considerar tantas gracias como he recibido de María Santísima, me parece ser como uno de esos santuarios marianos en cuyas paredes, recubiertas de *exvotos*, sólo se lee esta inscripción: “Por gracia recibida de María”. Así me parece que estoy yo escrito por todas partes: “Por gracia recibida de María”.

“Todo buen pensamiento, toda buena voluntad, todo buen sentimiento de mi corazón: “Por gracia de María””⁴².

Podríamos preguntarnos en esta fiesta de Nuestra Señora si la hemos sabido acoger como San Juan⁴³, si le decimos muchas veces, *Monstra te esse matrem! ¡Muestra que eres Madre!*, demostrando con nuestras obras que deseamos ser buenos hijos suyos.

– La devoción a la Virgen nos lleva a Cristo. Comenzar el nuevo año junto a Ella.

III. La Virgen cumple su misión de Madre de los hombres intercediendo continuamente por ellos cerca de su Hijo. La Iglesia le da a María los títulos de “Abogada, Auxiliadora, Socorro y Mediadora”⁴⁴, y Ella, con amor maternal, se encarga de alcanzarnos gracias ordinarias y extraordinarias, y aumenta nuestra unión con Cristo. Es más, “dado que María ha de ser justamente considerada como el camino por el que somos conducidos a Cristo, la persona que encuentra a María no puede menos de encontrar a Cristo igualmente”⁴⁵.

³⁸ Jn 19, 26 - 27.

³⁹ SAN JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 10-I-1979.

⁴⁰ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, 140.

⁴¹ Cfr. Jn 13, 1.

⁴² MASSERANO, *Vita di San Leonardo da Porto Maurizio*, 2, 4.

⁴³ Cfr. Jn 19, 27.

⁴⁴ CONC. VAT. II, *Ibidem*, 62.

⁴⁵ PABLO VI, *Enc. Mense Maio*, 29 - IV - 1965.

La devoción filial a María es, pues, parte integrante de la vocación cristiana. En todo momento, hemos de recurrir, como por instinto, a Ella, que “consuela nuestro temor, aviva nuestra fe, fortalece nuestra esperanza, disipa nuestros temores y anima nuestra pusilanimidad”⁴⁶.

Es fácil llegar hasta Dios a través de su Madre. Todo el pueblo cristiano, sin duda por inspiración del Espíritu Santo, ha tenido siempre esa certeza divina. Los cristianos han visto siempre en María un atajo –“senda por donde se abrevia el camino”– para llegar ante el Señor.

*Dios y Señor nuestro, que por la maternidad virginal de María entregaste a los hombres los bienes de la salvación, concédenos experimentar la intercesión de aquella de quien hemos recibido a tu Hijo Jesucristo, el autor de la vida*⁴⁷.

Con esta solemnidad de Nuestra Señora comenzamos un nuevo año. En verdad no puede haber mejor comienzo del año –y de todos los días de nuestra vida– que estando muy cerca de la Virgen. A Ella nos dirigimos con confianza filial, para que nos ayude a vivir santamente cada día del año; para que nos impulse a recomenzar si, porque somos débiles, caemos y perdemos el camino; para que interceda ante su divino Hijo a fin de que nos renovemos interiormente y procuremos crecer en amor de Dios y en servicio a nuestro prójimo. En las manos de la Virgen ponemos los deseos de identificarnos con Cristo, de santificar la profesión, de ser fieles evangelizadores. Repetiremos con más fuerza su nombre cuando las dificultades arrecien. Y Ella, que está siempre pendiente de sus hijos, cuando oiga su nombre en nuestros labios, vendrá con prisa a socorrernos. No nos dejará en el error o en el desvarío.

En el día de hoy, cuando contemplemos alguna imagen suya, le podemos decir, al menos mentalmente, sin palabras, ¡*Madre mía!*, y sentiremos que nos acoge y nos anima a comenzar este nuevo año que Dios nos regala, con la confianza de quien se sabe bien protegido y ayudado desde el Cielo.

Rev. D. Manel VALLS i Serra (Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

«Los pastores fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al Niño acostado en el pesebre»

Hoy, la Iglesia contempla agradecida la maternidad de la Madre de Dios, modelo de su propia maternidad para con todos nosotros. Lucas nos presenta el “encuentro” de los pastores “con el Niño”, el cual está acompañado de María, su Madre, y de José. La discreta presencia de José sugiere la importante misión de ser custodio del gran misterio del Hijo de Dios. Todos juntos, pastores, María y José, «con el Niño acostado en el pesebre» (Lc 2,16) son como una imagen preciosa de la Iglesia en adoración.

“El pesebre”: Jesús ya está ahí puesto, en una velada alusión a la Eucaristía. ¡Es María quien lo ha puesto! Lucas habla de un “encuentro”, de un encuentro de los pastores con Jesús. En efecto, sin la experiencia de un “encuentro” personal con el Señor no se da la fe. Sólo este “encuentro”, el cual ha comportado un “ver con los propios ojos”, y en cierta manera un “tocar”, hace capaces a los pastores de llegar a ser testigos de la Buena Nueva, verdaderos evangelizadores que pueden dar «a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel Niño» (Lc 2,17).

⁴⁶ SAN BERNARDO, *Hom. en la Natividad de la B. Virgen María*, 7.

⁴⁷ *Oración colecta de la Misa*.

Se nos señala aquí un primer fruto del “encuentro” con Cristo: «Todos los que lo oyeron se maravillaban» (Lc 2,18). Hemos de pedir la gracia de saber suscitar este “maravillamiento”, esta admiración en aquellos a quienes anunciamos el Evangelio.

Hay todavía un segundo fruto de este encuentro: «Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto» (Lc 2,20). La adoración del Niño les llena el corazón de entusiasmo por comunicar lo que han visto y oído, y la comunicación de lo que han visto y oído los conduce hasta la plegaria de alabanza y de acción de gracias, a la glorificación del Señor.

María, maestra de contemplación —«guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón» (Lc 2,19)— nos da Jesús, cuyo nombre significa “Dios salva”. Su nombre es también nuestra Paz. ¡Acojamos en el corazón este sagrado y dulcísimo Nombre y tengámoslo frecuentemente en nuestros labios!

EXAMEN DE CONCIENCIA PARA EL SACERDOTE – Gustavo Eugenio Elizondo Alanís

Reina y Madre de Misericordia

«Bienaventurados los misericordiosos porque ellos recibirán misericordia» (Mt 5, 7).

Eso dice Jesús.

Se refiere a ti, sacerdote, y se refiere a Él, porque Él es la misericordia misma.

La misericordia de Dios ha nacido del vientre inmaculado y puro de una mujer.

Su nombre es María.

La misericordia de Dios ha sido enviada y ha nacido al mundo.

Su nombre es Jesús.

La misericordia ha sido derramada para el mundo desde el martirio del Hijo de Dios en una cruz, para que llegue a todos los rincones del mundo, a través de los que Él mismo ha llamado y ha elegido, y ha destinado para que sean bienaventurados.

Ese eres tú, sacerdote.

Nacido en el mundo, pero elegido desde antes de nacer, para no ser del mundo, sino para ser bienaventurado.

Eso es a lo que tú, sacerdote, estás llamado, para ser pobre de espíritu y limpio de corazón, para ser manso y tener hambre y sed de justicia, para derramar lágrimas y llorar, pero para trabajar por la paz, para ser perseguido por causa de la justicia, para recibir injurias y ser perseguido por la causa de Cristo, para ser por Él, con Él y en Él, la misericordia misma.

Bienaventurado seas, sacerdote, porque a eso estás llamado, para eso has sido elegido, para eso has sido consagrado, y para eso has sido destinado, porque para eso has nacido.

Tu nombre es Cristo, Profeta de las naciones, Pastor, Sacerdote, Guía, Padre, Maestro, Regidor, Apóstol, Discípulo de amor, y has nacido para ser en todo igual que el Rey, para proclamar la Buena Nueva y establecer su Reino en la tierra.

Pero para ser como Él, un verdadero Sacerdote, Profeta y Rey, debes conocerlo.

El que quiera conocer al Hijo, que conozca a la Madre.

María, su nombre es María.

Ella es Reina y es Madre. Es tu Reina, sacerdote, y es tu Madre.

Ella es Madre de gracia y de misericordia.

Ella es quien te ha visto nacer y quien te ha recostado en un pesebre, que es altar y es cruz, que es sepulcro y es gloria de resurrección, que es signo de vida, y es desde donde brilla tu luz al mundo, para que llegue la luz de Jesús y su misericordia a todos los rincones del mundo.

Es ella quien te abraza y te envuelve en pañales para que no tengas frío.

Es ella quien te alimenta con sus pechos para que no tengas hambre, para que no tengas sed.

Es ella quien procura tu salud, y quien te protege con su manto durante la persecución para que mantengas tu libertad.

Es ella quien te procura un techo y te acoge como verdadero hijo, porque Ella es verdadera Madre.

Es ella quien te ayuda a perseverar en la fe, en la esperanza y en el amor, y te sostiene en la cruz para ayudarte a morir al mundo y recostarte en el pesebre que es altar, es cruz y es sepulcro, para que nazcas, para que vivas, para que mueras, para que resucites por Cristo, con Él y en Él, y vivas con Cristo resucitado en el mundo, para que lleves su misericordia a todos los hombres, para que todos los hombres se salven.

Ella es quien te acompaña cuando todos se han ido.

Ella es quien te recibe en sus brazos para que descanses cuando no tienes un sitio en donde reclinar tu cabeza.

Ella es quien te enseña, quien te aconseja, quien te ayuda a reconocer tus errores y a pedir perdón.

Ella es quien te consuela, quien te perdona y tiene paciencia cuando te equivocas, pero te corrige con amor, porque ella conoce tu fragilidad, tu debilidad, tu humanidad, pero ella ora por ti y te ayuda a mantenerte en la divinidad de Aquél que te ha configurado con Él, para que seas lo que has venido a ser: un bienaventurado hijo de Dios, para darle gloria a tu Padre, cuando cumplas tu misión, llevando en tu ministerio esa gloria de Dios que decide compartir con los hombres, porque los ama.

Tanto los ama, que te envía a ti sacerdote, como envió a su Hijo al mundo, para que todo el que crea en Él y en que Él es el Hijo de Dios, tenga vida eterna, para que todo el que crea en Él se acerque a ti, para recibir la misericordia de Dios Padre, que los hace hijos, para darles su heredad que es el Cielo, el Paraíso, la Eternidad compartida por Cristo, con Él y en Él, contigo.

Conoce a la Madre, sacerdote, para que conozcas al Hijo, para que seas como Él: Bienaventurado.

Eso es lo que tú has sido llamado a ser.

Para ser como Cristo, primero debes ser hijo.

Para ser Cristo, debes configurar tu vida con la vida de Él.

Y no hay mejor maestra que su Madre.

Su nombre es María.

**(Para pedir una suscripción gratuita por email del envío diario de “Espada de Dos Filos”, -
facebook.com/espada.de.dos.filos12- enviar nombre y dirección a:
espada.de.dos.filos12@gmail.com)**

NUESTRAS REDES SOCIALES:



+52 1 81 1600 7552



lacompaniademaria01@gmail.com



espada.de.dos.filos12@gmail.com



www.lacompaniademaria.com



La Compañía de María, Madre de los Sacerdotes



YouTube



Espada de Dos Filos

**LA COMPAÑÍA DE MARÍA EN LA PAGINA WEB DE LA
ARQUIDIÓCESIS DE TOLUCA**